

PQ
7298.15
.S4725
A98
2012

AUTOS USADOS

Daniel Espartaco
Sánchez



LITERATURA MONDADORI

Autos usados



DANIEL ESPARTACO SÁNCHEZ

PQ
7898.15
S4735
P88
2012



MONDADORI

México, 2012

Para Flor, Raúl y Aníbal

Autos usados

Primera edición: septiembre, 2012

D. R. © 2012, Daniel Espartaco Sánchez

D. R. © 2012, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Random House Mondadori, S. A. de C. V.
Av. Homero núm. 544, colonia Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11570, México, D.F.

www.megustaleer.com.mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@rhmx.com.mx

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN 978-607-311-155-3

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Si pudiera hacer algo extraordinario. ¿Disparar sobre ellos?

No; eso sería aburrido. He echado a perder mi juventud.

LEV TOLSTOI, *Los dos húsares*

I
AUTOS USADOS

I

Esperé media hora el autobús de las diez de la noche junto al terreno baldío cubierto de matorrales secos y quemados por la primera helada. Me gustaba imaginar que el viento decembrino recorría la avenida del canal como siglos antes lo hicieron las extintas manadas de bisontes. Un año atrás, cuando perdía el autobús, y si encontraba un teléfono público que funcionara, podía gastar las monedas del pasaje en llamar a mi padre.

—Son las diez y media, ¿dónde estás?

Era indigno entrar ahí y no comprar nada, buscar refugio del aire congelado que te partía los labios y las mejillas, aunque el tipo del mostrador era tolerante siempre y cuando no tocaras las revistas. Mi padre podía tardar veinte o treinta minutos y me daba pena, sobre todo en invierno, sacarlo de la casa, en un automóvil económico, sin calefacción; pero comencé a perder los autobuses de manera frecuente con la seguridad de que el hombre no dejaría morir congelado a su hijo, y de que, cuando yo me disculpara de una manera sincera, no habría ningún reclamo. Era el patrón con el cual aprendí a relacionarme con él: pecado y redención. Tal vez ir a recogerme le servía para dejar un momento la atmósfera

irrespirable de su matrimonio, o le gustaba manejar por las calles desiertas de una pequeña ciudad del norte.

—Mejor que me llames —decía.

Estacionaba el coche en la rampa del minisúper, envuelto en un pesado abrigo, boina de lana, y el olor a tabaco de los cigarrillos Baronet, que llamaba de manera despectiva *Baratonets*. Algunas veces era necesario comprar algo para la casa: una barra de pan, un litro de leche, comida para el gato.

Perdimos el contacto cuando él y Lulú, mi madre, se divorciaron. Tuve un accidente y el coche familiar quedó inservible; el daño fue irreparable porque Lulú no pagó la póliza del seguro y yo no tenía licencia de menor. Los restos permanecieron en el taller del amigo de un amigo durante un tiempo, en espera de que tuviéramos dinero. Aunque el chasis estaba en buen estado, según el hojalatero, la reparación se postergó y se convirtió en un esqueleto en el armario de las relaciones entre Lulú y yo. Ella no podía pagar las cuentas de los servicios y pronto desarrollé habilidades como la de poner un diablito cuando la compañía de electricidad nos cortaba la corriente. Era un poco más difícil con el agua, mas no imposible; aun así nos quitaron la línea de teléfono y le dieron el número a otra familia.

—Oye, ¿quién es Sonia? —me preguntó Alexa, mi novia.

—¿Cómo?

—El otro día llamé a tu casa y me contestó una tal Sonia.

Por eso, en mi nueva situación, sin padre, sin coche, sin teléfono, si yo perdía el autobús tenía que caminar del canal rumbo a casa por las iluminadas y vacías calles de la ciudad. Algunas veces caía aguanieve, otras éramos dos los que perdíamos el autobús y nos acompañábamos durante un

tramo por la avenida Tecnológico, rumbo al norte, en silencio, porque nunca fui bueno para iniciar una conversación. Otras veces los tripulantes de una patrulla pedían ver mi caduca credencial de estudiante de preparatoria.

—¿Dónde vives, niño? —me preguntaba uno de ellos.

—Aquí cerca —mentía yo.

De jueves a sábado era común ver las camionetas *pick up* dejar a toda velocidad una estela de versos con las gestas de pistoleros famosos y traficantes de droga. Pero lo que ocurría siempre cuando caminaba los kilómetros que me separaban de un lecho tibio, era que un automóvil disminuía la velocidad detrás de mí y me acechaba, o se detenía algunos metros adelante. Nunca el mismo coche, nunca el mismo conductor, siempre un individuo con algún detalle grotesco; por ejemplo: el bigote rubio y escaso, una tonalidad de piel mórbida a la luz del tablero del auto, o labios y encías demasiado rojos para un hombre.

—Oye —me dijo uno de ellos la primera vez, después de tocarme el claxon y abrir la ventanilla eléctrica del lado del copiloto.

Pensé que quería preguntarme alguna dirección.

—¿Me dejas hacerte una mamada?

—No —respondí, y apuré el paso.

El coche estuvo detrás de mí durante unos veinte o treinta metros, y aceleró con un rechinado de neumáticos hasta perderse en la cuesta, más allá del semáforo. A pesar del desconcierto, fui educado para ser amable con los demás, así que traté de serlo cuando sucedió otras veces; es decir: cada dos o tres noches cuando perdía el autobús o éste no hacía el último recorrido y se rompía una vez más el frágil contrato social entre los usuarios y la unión de transportistas.

—Qué bonita boca tienes, chiquito —me dijo uno.

—Gracias —dije yo, y no me detuve.

De cierta manera me sentía halagado.

—¿Te llevo? —esta vez era un hombre de aspecto menos ruin.

El detalle sórdido no era el bigote, ni el color de la boca, ni el agua de colonia, sino la gabardina gris y el trozo de cabello, que más bien parecía una gorra, sobre una frente demasiado amplia.

—No, gracias, me gusta caminar.

No dejaban de intrigarme esos hombres. ¿Quiénes eran? ¿Tendrían esposa, hijos, un trabajo de día, como todos? ¿Qué había de preponderante en chuparle la verga a un desconocido para llevarte a recorrer la ciudad durante el invierno con las nalgas congeladas en el asiento de un coche? ¿Había personas con una moral más dudosa que la mía que se dejaran chupar la verga a pesar del agua de colonia, del cartón desodorante de vainilla colgado en la radio, donde sonaba "The Sultans of Swing" de Dire Straits?

Nunca vi a uno de aquellos hombres desesperados lograr convencer a algún extraño. Era la más solitaria de todas las ciudades y yo el único peatón en aquellas avenidas de hielo, las manos entumidas en los bolsillos de la chaqueta de mezclilla con forro que mi padre me regaló el día de mi cumpleaños número dieciséis. Tal vez había algo en mi desaliño y aspecto inocuo que les gustaba: los cabellos largos y grasientos, mis pantalones sucios talla veintinueve, las botas vaqueras gastadas de tanto caminar. Para quitarme una ansiedad que parecía incurable fumaba cigarros de los más baratos (más incluso que los Baronet), delgados, pequeños, sin filtro, que se terminaban en dos o tres caladas, dejaban

manchas en las yemas de los dedos, en las uñas, y un regusto a papel y aceite en la boca. Algunas veces no tenía dinero para cigarros, porque la causa de que yo me encontrara en la avenida Tecnológico pasadas las diez no era la pérdida del último autobús, sino la falta de monedas suficientes para el viaje, y mi renuencia a suplicarle al conductor que me dejara subir (otros lo hacían).

Luego de varios kilómetros, llegar a casa, al calentador de gasóleo, y arrojarse en la cama, hambriento, sin hacer el menor esfuerzo por comer algo, sin desvestirme. Lulú, mi madre, en la habitación de junto, dormida, y al día siguiente el reclamo por llegar tarde, por no hacer nada, por no estudiar, no trabajar, no ayudar en la casa, y el interrogatorio: dónde había estado, por qué recorría la ciudad solo, como un retrasado mental, qué quería hacer yo con mi vida.

¿Qué quería hacer con mi vida? Para comenzar, nunca más caminar de noche a lo largo de la avenida Tecnológico sino comprar uno de aquellos automóviles norteamericanos que pasaban la frontera de manera ilegal y se vendían en el bazar debajo del puente de la avenida Vallarta. Autos de lujo, algunos fabricados antes de la crisis de los combustibles, fruto de una civilización que había conquistado el mundo gracias al tamaño de sus vehículos; autos que llegaron a vendernos un sueño americano reciclado y más barato.

Cuántas veces al regresar de la escuela me bajé del autobús y caminé por debajo del puente de Vallarta para ver los modelos enfilados, relucientes, el precio escrito en los parabrisas con betún blanco para zapatos; asientos de colores claros, del tamaño de una bañera; el tablero amplio y simétrico, con molduras de cromo; el equipo de sonido original para cartuchos de ocho pistas. La vida real era pagar tu automóvil al contado, con un fajo grueso de billetes sacado del bolsillo; no la trigonometría ni la clase de literatura y el insufrible *Pedro Páramo*. Los verdaderos hombres —ventrudos, altos, de botas vaqueras y sombrero— compraban al contado aquellas maravillas como antaño sus predecesores

caballos. Yo quería trabajar en algo sencillo, el dinero no importaba, salir los viernes por la noche, tomar cerveza con los amigos, subir a mi auto chicas que se dejaran tocar y llevarlas a las afueras de la ciudad, donde los caminos de tierra surcan el rostro asimétrico de la noche. Pero antes era necesario tener cuatro ruedas, un motor y un equipo de sonido.

El deber de mis progenitores era estar en contra de mis deseos, aunque, por primera vez, cuando se trataba de mi futuro, ya no eran un solo equipo. Mi padre rentaba un cuarto con baño y cocina en otra parte de la ciudad, y se había comprado una barra con bancos altos, el símbolo de la independencia, cuya única función era proporcionar una superficie para comer, nada de disputas familiares, de discusiones presupuestales, violencia pasiva, terrorismo psicológico y grandes lecciones de vida. Pronto yo tendría una barra de esas y un refrigerador pequeño, otro símbolo del individualismo. Dejaría la casa de Lulú y pagaría el alquiler de mi propio lugar: un cuarto, cocina, un patio donde fumarme un cigarro, apoyado en el quicio de la puerta bajo el aleteo de las mariposas nocturnas contra la bombilla.

Oh, sí, yo quería paz interior.

Y un automóvil usado.

No me importaba que no fuera lujoso, tan sólo que el motor funcionara bien. Me imaginaba tendido debajo del auto sobre un cartón manchado de grasa para cambiar partes del motor de nombres desconocidos; o en la carretera a setenta millas por hora, echado hacia atrás en el asiento, en la radio una canción *country*, el codo apoyado en la ventanilla, la calma del desierto, las colinas apenas iluminadas por

la luna menguante. Venían a mi mente los nombres de ciudades texanas que me parecían llenos de significado: Pecos, Monahans, Odessa, Midland, Big Spring, Lamesa, Brownfield, Lubbock, Plainview, Canyon, Amarillo...

—Vamos a encontrar la manera de que vuelvas a la escuela. Mientras tanto busca un trabajo en los anuncios clasificados —dijo Lulú, de pie, junto a mi cama, y sacó del bolso un puñado de monedas.

Yo estaba bajo un montón de cobijas y ropa, en posición fetal. Me desarrollaba ahí abajo, mis huesos se estiraban, podía escucharlos crecer por la noche, y era doloroso. Me gustaba dormir desnudo, sentirme en gestación. Ella no sabía que, una vez que tuviera un trabajo, nada me haría volver a una escuela privada de medio pelo pagada a regañadientes por mi padre.

Estiré las extremidades y sentí las partes de la cama que estaban heladas. El contraste entre ambas temperaturas era alarmante, pero yo tenía una mano llena de monedas, necesitaba comprar el periódico y buscar un empleo porque aquél sería mi año. No tardó en escucharse el grito del vendedor. Me coloqué la pijama, un pantalón, una sudadera y la chaqueta de mezclilla. El vendedor, envuelto en varias capas de ropa, como un muñeco mugriento, me alargó un periódico húmedo y frío a cambio de una moneda. Lo vi alejarse por la calle desierta y sentí pena por él: la escarcha

en los parabrisas de los automóviles, las puntas amarillas de la hierba del jardín, como llamaba Lulú a dos metros cuadrados de pasto y un rosal que cuidaba con devoción, del que recibía una flor llena de bichos cada tanto como única satisfacción. Saqué la sección de anuncios clasificados y tiré el resto. En algún lugar del país llamado Chiapas había una guerra, pero no me importaba. Fui a la cocina donde Lulú había dejado encendida la cafetera, me serví una taza de café aguado y me puse a buscar empleo con un lápiz rojo en la mano para marcar las ofertas que pudieran interesarme.

La solicitud de empleo, impresa en papel amarillo, que compré en la papelería, estaba llena de requisitos absurdos. No sólo tenía que pegar una fotografía, había que poner los datos de mis trabajos anteriores (pero nunca los había tenido): cuánto ganaba, cuál era mi puesto y quién era mi jefe inmediato, su número telefónico, y cuánto quería ganar. ¿Hay alguna manera de responder a la última pregunta de manera honesta? Tuve que mentir porque de otra manera no me sentía calificado para sumergir papas en una freidora llena de aceite vegetal. Llené media docena de solicitudes y me inventé los datos de los empleos anteriores; al llegar a mis supuestos jefes y a sus números telefónicos abrí el directorio al azar y escogí un par de nombres. Le pedí dinero extra a Lulú para tomarme las fotografías tamaño infantil en el estudio donde me prestaron una camisa blanca percutida, una corbata manchada de grasa, un peine desdentado, lleno de cabellos, y el tarro de gel más barato del mercado.

—Yo también era pésimo en matemáticas, lo comprendo —dijo mi padre—, pero un cinco en ciencias sociales...

Ocurrió años antes, cuando yo estaba en la secundaria. Mi padre era comprensivo con mis infortunios académicos, pero ¿ciencias sociales? El hijo de un marxista tiene que sacar buenas calificaciones al menos en ciencias sociales. Ahí nos enseñaban historia universal y nos decían que había tres sistemas económicos: el capitalismo, el comunismo y el mixto, como el de México. Respecto a mi baja calificación, existía una serie de datos suplementarios ignorados por mi padre que me negué a suministrar y que tal vez él no hubiera aceptado, pues entraban en la zona fantasma de sutilezas que los hombres sencillos llaman pretextos (y mi padre pretendía ser un hombre sencillo). Uno de ellos era que para aprobar ciencias sociales aquel año sólo era necesario pegar estampas en un álbum, como si fuéramos retrasados mentales, y yo me negué. Sacaron diez los jóvenes que llevaban cuchillos a la escuela, las que al final del año no volvieron por estar embarazadas, las que pasaban la clase frente a la caja de polvos y los que leían las historietas del Hombre Araña en la última fila. Todos menos yo.

No es que yo fuera rebelde, es que no podía pegar las ilustraciones de nuestros grandes héroes: las perdía, se me caían de los dedos, se rompían, se pudrían en mis manos; o bien, como sucedió con Xavier Mina, el mozo de Navarra, detrás del gimnasio: una llama brotó de su rostro y se acercó lentamente al cigarro mentolado que yo tenía en la boca. En otra ocasión se me perdió la estampa correspondiente al cuadro del álbum que decía “Vicente Guerrero”, justo a un lado de “El abrazo de Acatempan”. Recorté el retrato de Alexander Pushkin (sol de la poesía rusa) de una edición soviética de *La hija del capitán* que encontré en la casa, y lo pegué en el lugar de Guerrero para poner a prueba la inteligencia de la maestra. Pushkin y Guerrero eran tipos mulatos que usaban patillas, ¿quién iba a notar la diferencia? Fue la única ocasión que saqué una buena nota ese año.

Los exámenes de aptitudes a los que eran sometidos los alumnos de tercer grado viajaron hasta la oficina central donde una máquina los procesó y regresaron hasta las manos de mis compañeros de curso con palabras amables, llenas de significado, de posibilidad y futuro: ingeniería, medicina, derecho y contaduría. Aunque embarazaron a sus novias en la preparatoria o terminaron en una empacadora de pescado en la Columbia Británica, al menos en los resultados que les dieron en tercer año de secundaria estaban aquellas palabras alentadoras. Los exámenes debieron de regresar con palabras como: obrera de maquiladora, ama de casa, narcotraficante, proxeneta, sicario, occiso, porque así ocurrió. Los más exitosos fueron requeridos por el gobierno de Estados Unidos para colonizar Alaska, otros fueron héroes de guerra en Iraq y obtuvieron el bien máspreciado: la ciudadanía

norteamericana. O dicho de otra manera, la ciudadanía por antonomasia, ¿hay otra? Mi examen regresó con la palabra que uno podía ver rotulada en los locales donde la gente acudía a cortarse el pelo y de donde Lulú salía con el cabello crespo o de otro color: estética.

Intenté ocultar el papel, pero mi compañera fue más rápida al pasar su cabeza por encima de mi hombro.

—¡Estética! —gritó, y llamó la atención de toda la clase, la trabajadora social incluida—. ¡Elías va a ser peluquero!

Intenté explicarle a mis compañeros que estética, según la definición del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, con el que mi abuelo me obligaba a buscar palabras para educarme, era “la ciencia que trata de la belleza y de la teoría fundamental y filosófica del arte”. Entre burlas me dirigí a la trabajadora social (un adulto) para que me apoyara en mi argumentación. La escuela era una de las peores del estado según las estadísticas, y se debía en parte, supongo, a la falta de educación del personal en nómina.

—Ser peluquero es un trabajo honesto —dijo.

Ser tachado de peluquero (en mi familia los hay y muy buenos) no debió ser tan humillante de no ser porque algunos se comportaban de manera excéntrica cuando le cortaban el pelo a uno. Se sentía raro que un hombre te acariciara la cabeza y que además te dijera:

—Qué bonito cabello tienes.

Uno de mis recuerdos más lejanos: sobre la mesa están las revistas de costura y los patrones de papel de china. Lulú, frente a la máquina de coser, trabaja en unos pantalones de mezclilla para mí. A pesar de no saber inglés, esta mujer veinteañera, de cabello largo y castaño, es fan de Bob Dylan, Joan Baez, The Beatles. La idea de que al hacer pantalones para su hijo el capitalismo algún día va a caer es la clave con la que interpreta las canciones: son llamados a la rebeldía, al final de cuentas, aunque la gente de Moscú tache esa música como decadente y burguesa. Yo tengo tres o cuatro años y estoy tomando chocolate con leche y galletas. El sonido de la máquina de coser es una especie de mantra. Mi madre oprime el pedal y sus dedos pasan con determinación muy cerca de la aguja a la que yo tengo prohibido acercarme.

Mi padre entra con un chaquetón gris con solapas tan grandes que podría usarlas como servilletas. Es cinco años mayor que Lulú, todavía es un veinteañero, a pesar de la alopecia. Si a los devotos del mesías cristiano les salen estigmas en las manos, los devotos de Vládimir Ilich Uliánov, alias Lenin, corren el riesgo de quedarse calvos. Mi padre es un muchacho atractivo, cerebrotónico: la boina es en parte

para imitar a Lenin, en parte para cubrirse la cabeza del frío decembrino. No bromea como siempre, está triste. Junto con él entra una corriente de aire y el olor a tabaco barato que lo precede a todas partes, al igual que el ruido del motor del Volkswagen Safari 1971, descapotable, al cual se le mete la lluvia a través de la lona del techo, y tiene agujeros en el suelo, en la parte de atrás, por los que uno podría sacar los pies como en el coche de Pedro Picapiedra. Cuando lo compró le dije que no me gustaba, que me parecía mejor el del abuelo: un LeBaron 1980 con vidrios eléctricos y fofros de piel blanca. Me explicó que el Safari era un auto especial, con doble tracción, diseñado por los alemanes para la guerra, que incluso podría funcionar como anfibio, claro, si no tuviera agujeros en el suelo. Durante el invierno el aire frío se le mete por todas partes.

Mi padre coloca el juego de llaves en la mesa, junto a los patrones de ropa y el costurero que Lulú hizo con una lata de galletas.

—Mataron a John Lennon —dice.

La máquina de coser se detiene.

—¿Qué?

Mi padre es un hombre de esos que lloran, un rasgo que yo heredé. Sí, está llorando y me parece un poco ridículo que lo haga.

—¿Quién es John Lennon? —pregunto, asustado; pienso que se trata de alguno de los amigos de mis padres: personas que también huelen a tabaco y usan palabras raras.

—John Lennon era un hombre muy bueno —dice Lulú.

Hay una especie de silencio, tal vez por causa de un probable desacuerdo entre mis padres respecto a si John Lennon podría entrar en la categoría de hombre bueno, según los

estándares burgueses. Lulú dice que hay que poner un disco del occiso (le obsesiona la exactitud de las palabras). De la estantería saca un disco, lo muestra y dice, de manera didáctica, como los muñecos de Plaza Sésamo:

—Éste es John Lennon.

En la portada del disco hay un tipo, una especie de fantasma, con el cabello largo y gafas redondas. La canción favorita de Lulú es “Jealous Guy”.

La mujer examinó la solicitud de empleo impresa en papel amarillo, mecanografiada en una Olivetti y cubierta de manchas blancas de corrector Liquid Paper. En la parte donde decía que indicara la cantidad que deseaba ganar traté de no ser ambicioso.

—Bien —me dijo—, estás calificado para el trabajo.

¿Qué actitud tomar cuando se pide un empleo? Decidí representar distintos personajes, pero hasta el momento ninguno había funcionado. Resultó que la otra parte tenía sus propios personajes también: como los que querían hacerte creer que eras exitoso si vendías de puerta en puerta baratijas chinas, y usaban palabras grandilocuentes como excelencia, emprendedor, etcétera. Me tomó un par de semanas reconocer a estos personajes por los sacos tipo marinero con botones dorados y pantalones bombachos de pinzas, camisas a rayas y peinados más engomados de lo usual. Estaban también los que pagaban una mierda de comisión por reclutar incautos para una escuela de computación e inglés con el cuento de que les estabas ofreciendo una beca. Me rechazaron en tres restaurantes, dos farmacias, cuatro tiendas departamentales.

—Eres perfecto para el trabajo —dijo la mujer.

Me hubiera gustado tener una navaja y un trozo de madera para reclinar en la silla con la actitud de “tómalo o déjalo, amiga”; aunque me pareció que era más apropiada la de un príncipe árabe que busca trabajo porque quiere conocer el mundo. La actitud de joven necesitado con padres adictos había fracasado innumerables veces, especialmente la subdivisión joven intocable de la India con padre morfínmano y madre prostituta morfínmana sin una pierna, y también la de joven listo y aplicado busca hacer carrera frente a la freidora de papas.

—Está bien —dije con un bostezo y me pregunté si no era demasiado atrevido subir los pies en el escritorio.

La mujer comenzó un largo discurso sobre cómo los laboratorios fotográficos estaban en decadencia a finales de siglo por culpa de los grandes almacenes como Walmart que ofrecían el servicio de revelado con precios imposibles de vencer. Lo que estaba alrededor de nosotros, me dijo, una oficina en el corazón de un edificio arruinado en el centro de la ciudad, había sido en otro tiempo un gran negocio, uno de los más grandes laboratorios de la ciudad. Era una historia para llorar y hacer una película italiana protagonizada por un niño y un anciano.

—En resumen: no puedo pagarte lo que pides.

Decidí interpretar el papel de muchacho comprensivo con los problemas de los mayores que tanto éxito me traía entre los mismos, excepto con Lulú.

—Cuenta conmigo —dije.

Ella no pareció muy entusiasmada al respecto, y no tenía por qué, como luego supe: su auto era un Citation modelo 1985, el peor de la historia según los expertos; su gusto para

vestir era chillante; su cabello estaba esponjado y no era natural. Se cargaba demasiado con la sombra de los ojos, el lápiz labial y el rubor; es decir: no había escuchado hablar de nuevos conceptos como maquillaje natural. En ese momento era una especie de bienhechora para mí, ¿quién era yo para criticar su moda?

—¿Cuándo quieres comenzar?

—Ahora mismo —mentí.

Quería fumarme un cigarro en la plaza, mirar pasar a las muchachas, leer el libro que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y, a pesar del frío, caminar por la ciudad a manera de despedida puesto que en adelante pasaría las tardes en un laboratorio fotográfico.

—Mañana está bien —dijo ella.

Contuve la respiración para que no se notara mi suspiro de alivio.

—Bien —dije—, ¿está segura de que no me necesitan ahora mismo?

—No, está bien —dijo ella.

—Me puedo quedar.

—No —dijo, de manera terminante—, nos vemos mañana.

Me pareció demasiado fácil, demasiado bueno tener un empleo mal pagado en un laboratorio fotográfico al borde de la quiebra y sentí que necesitaba realizar alguna especie de sacrificio para merecerlo. Me quedé en la puerta y esperé.

—Adiós —dijo la mujer y volvió a sus libros de cuentas.

Calculé mentalmente hasta cuándo lograría conseguir el dinero que necesitaba para comprarme un automóvil usado.

Respuesta: nunca.

Alexa fue por mí aquella noche en el compacto japonés que le regaló su padre. Nos detuvimos en el claro en las afueras de la ciudad, cercano al caserío, junto al arroyo seco. A lo lejos, de donde provenía la luz de una bombilla, se escuchaba el ladrido de los perros.

—Vamos afuera —dijo ella.

Al padre de Alexa no le gustaba que fumáramos dentro del auto. Era un médico famoso en la ciudad. Mi madre lo conocía. Aunque la temperatura estaba un par de grados bajo cero, Alexa quería fumarse uno de sus cigarros *light*.

Estábamos sentados sobre el cofre, debajo de nosotros el motor crujía y el ventilador seguía funcionando. Yo conocía muy bien su rostro: los hoyuelos asimétricos que aparecían en cada mejilla cuando reía con uno de mis chistes, los finos vellos dorados de su cuello, por la mañana, con el sol a contraluz, los cuales me gustaba comparar con un campo de trigo, aunque yo nunca había visto uno. Sus ojos eran café claro, la densa cabellera estaba despeinada, como siempre, amarrada con negligencia en una coleta.

De su enorme bolso salió una cajetilla de cigarros y yo le alargué la llama del encendedor cubierta con el hueco de la

mano. Saqué del interior de la chaqueta mi arrugado paquete de cigarros sin filtro y supe (era tan inteligente yo) que aquélla sería la última vez que estaríamos tan cerca. Cuando estábamos en la secundaria aprendimos a fumar con los mentolados de nuestras madres, como todo el mundo. Todos, nuestras caras se ponían rojas y era asqueroso, pero era algo que tenía que hacerse.

—Me voy a Monterrey —dijo.

Me contó que había decidido estudiar medicina, como sus padres, como su abuelo. Iba a cursar la carrera en el Tecnológico de Monterrey, una de las mejores escuelas del país. La colegiatura de un semestre era mucho más dinero del que yo podría ganar en uno o dos años, mucho más que en toda mi vida, tal vez.

—Está bien —le dije.

Junto al cerco de alambre había latas de cerveza de las veces anteriores. Pateé con suavidad una de ellas. ¿Está bien? Sí, eso dije. Tenía otras opciones, frases trilladas como: “Jamás te olvidaré”, “Nunca cambies”, etcétera; lo que escribían las muchachas en tu cuaderno cuando terminaba el año escolar. Me pareció que la vida era en gran parte escoger entre una y otra frase trillada en determinados momentos. Me sentía cansado todo el tiempo, me era difícil concentrarme en lo que me ocurría a mí y a los demás.

—¿No vas a decir nada?

Tal vez Alexa esperaba que yo dijera algo significativo para tomar la decisión de quedarse, o de seguirnos viendo en las vacaciones o de escribirnos de vez en cuando, hablarnos por teléfono. Alexa era la persona más inteligente del mundo, tenía derecho a estudiar medicina, ganar mucho dinero, el respeto de sus contemporáneos, ser una doctora famosa, como su padre.

—Es una de las razones por la que no podemos estar juntos —dijo.

Le dio una calada a su cigarro y sacó el humo por la nariz. La verdad es que nunca me pareció demasiado bonita, pero en esa ocasión se veía espectacular.

—¿Sabes que en ruso hay una palabra para tabaco de mala calidad? —dije.

—¿Cuál es?

—Majorka.

—¿Ves? Siempre estás pensando en otra cosa.

Cada lata tirada en el suelo representaba una de las veces que la pasamos bien o peleamos por cualquier cosa. Descubrimos el lugar un año atrás cuando comenzamos a besarnos y ella me dijo que quería ver las estrellas y en lugar de llevarme a mi casa enfiló por la carretera rumbo a Ciudad Juárez. Se metió en Sacramento, antes de llegar a la caseta de cobro. En ese lugar hubo una batalla 150 años antes, cuando el ejército norteamericano invadió México. Esto me lo contó mi abuelo (cuando yo era niño el hombre me parecía tan viejo que llegué a pensar que había participado en el combate). En la oscuridad sobresalía un monolito blanco: el monumento con los nombres de las personas del lado mexicano que murieron en el lugar. Por supuesto, los norteamericanos ganaron la batalla. Pasamos algunos caseríos, encontramos el claro y nos tomamos una cerveza. El campo estaba minado de grillos que no dejaban de hacer tic-tac, como pequeños relojes, como el marcapasos de mi abuelo.

Recuerdo estar a solas con él, en la sala, escuchar el tic-tac y sentirme desconcertado; o quedarme a dormir en la recámara de junto y escuchar el tic-tac cuando despertaba en la madrugada. Era un ruido persistente, debía serlo o el

hombre habría dejado de existir. Cuando murió me acerqué a la caja y esperé en vano escuchar algo.

Pero la vez que Alexa me dijo que se iba a Monterrey ya no había grillos, sólo el ladrido de los perros y el aire helado en nuestras mejillas. Si los grillos marcaban el tiempo, éste se había detenido.

—¿De verdad que no vas a decir nada además de “está bien”?

—No.

Alexa tiró la colilla en el suelo y la aplastó con la punta de una de sus botas vaqueras.

—¿Has pensado qué vas a hacer con tu vida?

—No sé —dije—, me gustaría comprarme un carro usado.

—Sí, pero, ¿qué vas a hacer en el futuro?

Lo pensé con seriedad. Si Lulú me hubiera hecho la misma pregunta me habría alejado de ahí, o habría respondido con sarcasmo.

—Me gustaría escribir historias —dije, sin convicción.

—¿De qué?

—No sé, de las personas que conozco. Podría escribir una historia donde tú aparezcas.

—No creo que eso le interese a alguien.

—Tienes razón.

A pesar de que estaba en cama con dos semanas de incapacidad y un doctor, amigo de la familia, le había recetado antidepresivos, Lulú se sintió satisfecha de que su hijo hubiera encontrado un empleo, por fin.

—Me van a pagar una mierda —le dije.

—Es un trabajo honesto —me dijo—. El próximo semestre regresarás a la escuela.

Tenía que presentarme a las diez de la mañana. El frío se metía entre los pliegues de mi ropa a pesar de los pantalones deportivos debajo de la mezclilla y los dos pares de calcetines. El autobús se detuvo frente a mí y el chofer abrió la puerta.

—¿Vas a subir o no?

No contesté. La puerta se cerró con el estruendo de las bombas neumáticas y el autobús dejó un rastro negro de humo en el aire. Caminé hasta la avenida Vallarta. Los autos en venta estaban alineados debajo del puente. No había compradores. El comerciante con gorra de beisbol, que soplabla vapor sobre sus guantes de lana, me miró con desprecio. ¿Cuándo me convertiría en un hombre y le compraría por fin un automóvil? El sol se reflejaba sobre la delgada capa de hielo de los parabrisas y sobre las molduras cromadas de la hilera de autos usados.

II

IS THIS THE WAY TO AMARILLO?

I

Nadie quería atravesar la puerta de cristal que nos separaba de ese viernes frío y húmedo, pero tampoco tenía sentido después de pagar la cerveza, las frituras y cigarros, quedarse ahí, hojear las arrugadas publicaciones del mundo del espectáculo, de interés político, de divulgación científica, o las historietas, en el mueble de contrachapado, con un letrero en tinta roja y con faltas de ortografía, que pretendía impedir eso, hojear las revistas; aunque se estuviera tan bien en ese lugar y afuera la ciudad o el mundo entero amenazaran con una nueva glaciación.

Las personas en la fila no parecían dispuestas a hablar sobre el clima porque no valía la pena: era necesario reservar energía, grasa corporal. De fondo el ruido de la registradora y de una melodía predecible y contagiosa en la radio. El hombre frente a la caja nos miró con escepticismo cuando colocamos frente a él una caja de Carta Blanca.

—¿Y qué más vas a querer? —le pregunté a Junior.

Éste sacó un dólar arrugado de la camisa y lo colocó en el mostrador. Sobre la cabeza tenía un sombrero Stetson tan grande y tan blanco que contrastaba con el mobiliario deslucido del minisúper. Tenía los ojos verdes, muy claros,

y una boca fina debajo del bigotito dorado, como un alacrán de los que dicen son los más venenosos; el mentón pronunciado y una nariz recta. Le gustaba presumir que pasaba por gringo y podía cruzar el puente a Estados Unidos sin que le pidieran sus documentos.

—Cigarros —dijo—, Boots Lights.

—¿Traen identificación? —preguntó el hombre.

Debajo del bigote gris amarillento le colgaba un cigarro sin filtro, a pesar del letrero que prohibía fumar. El reloj marcaba cinco para las nueve de la noche: la hora en que, por disposición oficial, estaba prohibida la venta de bebidas alcohólicas.

—Pensé que nunca iba a decir eso —dije.

Dos meses atrás había cumplido 18 años. Busqué en la cartera la credencial de elector. El hombre comprobó que no era falsa sin sentirse particularmente conmovido al respecto. Los tipos con gorras de beisbol detrás de nosotros estaban inquietos porque a las nueve de la noche el empleado del mostrador tenía fama de ser más estricto con las regulaciones en materia de alcohol que de monóxido de carbono.

—¿Qué más?

—Un paquete de condones —dijo mi compañero.

—¿De cuáles?

—Los más baratos.

—Ni los vas a usar, Junior —dije.

Junior Fuentes era el nombre que constaba en su acta de nacimiento. Su madre fue empleada doméstica en Ozona, Texas, y así era como llamaban al hijo varón de la familia para la que trabajaba. Mi amigo salió del lugar con la caja de cerveza en las manos, era más bajo y más grueso que yo. Comparado con él, mi apariencia era desgarrada: mis botas

vaqueras estaban sucias, habían sido de mi padre, no eran nuevas, de piel de avestruz, como las que Junior usaba y le habían costado el sueldo de dos semanas; yo tenía mi abrigo militar y un gorro de lana, mis pantalones vaqueros estaban rotos, los de él eran nuevos y también la chaqueta de pluma de ganso. Usaba agua de colonia Stefano. En el comercial de televisión una voz de mujer decía, *in crescendo*: “¿Stefano? ¿Stefano? ¡Stefano!” La botella derramaba el contenido al frente, y tras una última mención de la marca, a manera de alivio, un locutor decía: “Stefano: el hombre”.

¿Por qué dos muchachos tan diferentes pueden ser amigos? En la infancia todos tenemos más o menos los mismos intereses. Nos apostábamos a ambos lados de la antigua carretera Panamericana, en la esquina con Juan Escutia, y esperábamos la luz roja del semáforo para pedirle latas vacías de refrescos a los conductores de las casas rodantes que venían desde Nebraska, Dakota del Norte, Montana, Texas, Arkansas, Nuevo México; jubilados gringos, hombres gordos, quemados por el sol, con gorras de beisbol y camisas tipo polo. La matrículas de las casas rodantes tenían dibujos y diferentes colores, mientras que las mexicanas eran de color azul, con letras y números amarillos. Todo parecía ser más vistoso en Estados Unidos: en México sólo había toscas latas de Coca Cola y Jumex, y las norteamericanas eran de diseños delicados, de muchos tipos, diferentes formas y tamaños, por eso las atesorábamos puestas unas sobre otras, en forma de pirámide, en repisas. La colección de Junior era más grande que la mía y su orgullo era una lata de cerveza japonesa, Sapporo, de color platino, retorcida como botella de Squirt. ¿Cómo era posible fabricar una lata así, tan bella? Si teníamos suerte un gringo podía darnos una lata llena

y fría de la marca Shasta, Dr. Pepper o Delaware Punch. El sabor de los refrescos norteamericanos era más dulce y nos parecía mejor.

—No la abras —me decía Junior.

—¿Por qué?

—Porque no va a tener valor de colección.

—Quiero probarla.

Me sabía de memoria las capitales de Estados Unidos: la de Wyoming era Cheyenne y Lincoln la de Nebraska. Aprendí inglés con las películas que pasaban en el cine Multiplex donde yo trabajaba. Entraba a una sala, buscaba una silla o un bote de basura y lo colocaba de tal manera que la barda que separaba la entrada de la última fila de butacas tapara los subtítulos. Me sabía de memoria los diálogos y los repetía todo el tiempo. Un día mi padre me llamó para decirme que iba a llevar a un grupo de alumnos a un viaje a Los Ángeles y me preguntó si necesitaba algo.

—Si te quedas en un hotel, róbate una Biblia para mí. Estoy aprendiendo inglés.

—¿Pero no quieres ropa? ¿No necesitas algo?

En cuanto tomara la decisión vendería el coche y me iría a Amarillo, Texas, donde tenía un primo que trabajaba en una empacadora de carne. Luego de tres meses, una vez prescrito el visado, no podría regresar hasta que pasaran veinte años y me ganara los papeles de residencia.

La cubierta de mi Biblia era de color verde y me gustaba abrir las páginas al azar para buscar algún tipo de señal. Esa noche leí algo de Ezequiel: "The hand of the Lord came upon me and brought me out in the Spirit of the Lord, and set me down in the midst of the valley; and it was full of bones".

De niño vi una película que trataba sobre la guerra nuclear: la explosión precedida por un flash, como el de una cámara fotográfica. Los maestros, los adultos, mis padres, decían que el mundo podía ser destruido con tan sólo apretar un botón. Era una idea que no dejaba de sobrecogerme junto con otros temores infantiles como la leucemia o el piquete de una viuda negra que, según decían, podía causarte la muerte. En realidad, no sé por qué, una parte de mí deseaba ver el fin del mundo. Cuando la multitud se reunió para destruir el muro que separaba la ciudad de Berlín, yo no comprendí por qué todos parecían alegrarse, y por qué Lulú lloraba al ver las escenas en el televisor.

—¿Por qué lloras? —le pregunté.

—Porque ya no vas a crecer, como yo, con el temor a una guerra nuclear —dijo.

Nunca dejé de anhelar la gran explosión que acabaría con el mundo; caminaba por la calle, al cursar el tercer año de secundaria, e imaginaba que una explosión ocurría en ese momento a mi lado: una granada de fragmentación o un disparo.

Miré el reloj de pulsera, eran las 8:59 y había olvidado llamar a Rosalinda. Me subí las solapas, me acomodé el gorro hasta casi taparme los ojos y descolgué uno de los teléfonos públicos en la pared del minisúper. Comprobé que a la tarjeta le quedaban diez pesos de crédito y marqué uno de los pocos números que conocía de memoria.

—Elías...

No pude escuchar lo que Rosalinda me dijo porque un camión doble remolque hirió con un estruendo el aire helado y la oscuridad.

—Voy a conseguir el dinero —dije.

Una nube de vapor salió de mi boca y se disolvió frente a la luz verde del tablero telefónico.

—No me vayas a dejar plantada como siempre.

—No.

—Tengo doscientos dólares.

—Ya te dije que yo voy a conseguirlo todo.

—Si nos esperamos a que juntes todo...

—Lo voy a tener mañana.

Pasó otro camión.

—Tiene que ser mañana —dijo Rosalinda—, mi mamá se va a Aguascalientes.

—Sí.

Otro camión. ¿Es que todos los camiones tenían que pasar a esa hora mientras intentaba hablar por teléfono? El día siguiente era una buena opción, mi madre no estaba en casa. Esa mañana encontré un papelito arrancado de un bloc de notas color amarillo y sujeto en la puerta del refrigerador con dos imanes que pretendían ser un tomate y una zanahoria.

Me voy de viaje a El Salvador a un congreso feminista.
Besos, tu mamá.

Contemplé la letra palmer y miré el reverso de la nota, pero no había nada más. Desde que se separó de mi padre, Lulú comenzó a militar en un grupo feminista. Se reunían dos veces por semana en un local de la avenida Universidad y hacían manifestaciones cada 8 de marzo.

—Elías.

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también.

—¿Me hablas en una hora?

Camiones, procesión interminable que llegaba desde el norte, de lugares como Nebraska, Dakota del Norte, Colorado. Extendida sobre el valle, la ciudad era un embalse de luces heladas al pie de las minas de cal en la serranía del oriente, donde se trabajaba a todas horas y cuyas sirenas me gustaba escuchar por las noches, cuando no tenía sueño, junto con el tren que pasaba a la una y media de la madrugada en un lamento prolongado, como el de un bisonte, un animal fantástico.

Colocamos la caja de cerveza en el asiento trasero del Fairmont 1980. Era mi coche, pero Junior siempre insistía en conducir. Giró la llave de ignición sin que nada ocurriera. Se encogió en el asiento, intentó meter la cabeza aún más entre los pliegues de su chaqueta y tiritó de frío. Cuando giró la llave por segunda vez la pequeña luz roja detrás del volante se encendió y los cristales se desempañaron cuando puse la calefacción y el aire frío y el polvo salieron de las rendijas del tablero.

—¿Quién? —pregunté.

—No sé.

Junior miró hacia las luces de la ciudad y puso las manos en la rendija de la calefacción.

—No conozco a nadie —dijo.

—Yo tampoco.

Era un mal comienzo.

—Susana —recordé.

—¿Tendrá una amiga?

Todo estaba tan callado que cuando abrimos las puertas del coche resonó en la oscuridad el crujir de nuestras botas vaqueras en la grava. Yo no sabía que Junior tenía en el bolsillo de su chaqueta el revólver calibre .22 que encontró en el cajón de la ropa interior de su madre. Años antes, su padrastro, que era policía judicial, lo llevó a un claro en las afueras de la ciudad donde le enseñó a disparar con botellas y latas de cerveza.

Abrí la verja de hierro, me acerqué a la ventana y toqué en el cristal con los nudillos. Junior se quedó detrás de mí. El verano anterior hice lo mismo incontables veces; nunca pasó demasiado tiempo sin que el rostro de Susana apareciera entre las cortinas. Permanecíamos en silencio: el motor se desperezaba debajo del cofre, se podía sentir el calor del radiador en las pantorrillas, el viento fresco que soplaba del poniente. No me gustaban las chicas morenas, pero era agradable estar ahí, y desconcertante, porque, según Junior y todo el mundo, un hombre y una mujer no pueden ser amigos. El sol todavía no se ocultaba, el farol de la esquina era una luz endeble llena de insectos. Ella no tenía nada que

decir y me pedía que le contara cualquier cosa, yo nunca podía recordar algo que valiera la pena.

Pero esa vez era invierno, dudé que Susana quisiera salir a pasar el frío con nosotros y me pareció aún más difícil que tuviera una amiga para hablar con Junior, porque era una muchacha solitaria. Se escuchó el pasador de la puerta y la voz de una mujer.

—¿Quién es?

El aspecto de la madre de Susana delataba incontables sufrimientos; aunque nunca supe que fuera a la iglesia, por las arrugas de su rostro podía ser la más religiosa de las mujeres.

—Ah, Elías —dijo, o mejor dicho, suspiró, tras una andanada de vapor.

—Buenas noches, señora —dije, y me quité el gorro, sorprendido de verla aparecer en el lugar de su hija.

—Susana ya no vive aquí —dijo ella.

Cerró la puerta de metal detrás de sí y abrió la del mosquitero, cubierta con un abrigo pasado de moda, de un color verde tornasolado que años antes debió de ser juvenil. Se escuchaban los perros y el ruido de los automóviles en la carretera.

—¿Por qué?

—Se casó.

—¿Cuándo?

—En diciembre.

La mujer parecía creer que yo estaba enamorado de su hija, o algo por el estilo, y me miró con lástima.

—Se fue a Denver, con su marido.

Escuché las palabras “Denver” y “marido”, pero no pude realizar una conexión lógica entre ellas.

—Y su hijo —agregó.

Parecía sentirse con el deber de agregar esto. La palabra “hijo” tampoco logró acoplarse con precisión a las anteriores. Sentí a mis espaldas la mirada de Junior. Observé con detenimiento a la mujer y traté de encontrar en ese rostro, tan increíblemente parecido al de Susana, algún otro tipo de sentimiento, aparte de lástima y cierta molestia por estar ahí bajo esa temperatura. Su expresión parecía decir “me gustabas para yerno, pero ya ves, así son las cosas”; una atención que se tomaba conmigo porque en alguna ocasión la llevé al súper o reparé la tubería del lavabo o una toma de corriente. El padre de Susana no parecía estar por ningún lado y nunca me atreví a preguntar por qué.

—Gracias —dije y me di la vuelta.

En casa de Susana había un estante con equipo de sonido, televisor, videocasetera y videocintas de etiquetas rotuladas con letra aniñada y tinta roja. La última vez que la vi me explicó que grababa las películas que transmitían en la televisión para volver a verlas; tenía que poner en pausa la grabación durante los comerciales y rotular con cuidado los títulos en las etiquetas adhesivas. Algunas veces tenía que grabar películas mexicanas y aburridas que le gustaban a su madre. El tema le apasionaba; fue la única vez que la escuché juntar una frase con la anterior, de manera fluida. La luz de la ventana se modificó detrás de las cortinas hasta que la habitación quedó casi a oscuras. El lugar olía de manera peculiar: algo que había estado ahí siempre en mi vida, como perro enroscado bajo la mesa, pero del cual me percaté por primera vez: grasa, desinfectante, humedad, un olor como el de las mujeres de mi familia.

—Debo irme —le dije.

Y no volví a buscarla, ni a llamarla por teléfono, hasta ese día de enero, cuando el Servicio Meteorológico Nacional, según la radio del Fairmont, decía que la temperatura bajaría a cero grados, y su madre nos dijo que se había mudado a Denver con su marido y su hijo.

4

Como una mancha de agua, la silueta de color marrón creció en el cristal esmerilado. La cerradura crujió y la puerta se arrastró hacia adentro: estaba totalmente caída, quien la sostenía del otro lado con un solo brazo nervudo era Arturo, un conocido mío, cinco o seis años mayor que nosotros.

—Pasen —dijo.

La temperatura de la sala no era muy diferente de la del exterior. Las paredes grises, sin pintura, estaban remozadas con cemento, y el suelo, de concreto, había sido pintado de un color verde, como el de la superficie de una alberca, y podían verse las irregularidades de la superficie. Había una barra de azulejos con una estufilla eléctrica, una botella de cerveza y un vaso de sopa instantánea. Junto a un sillón viejo y percutido, manchado de grasa, había un equipo de sonido muy grande para la mesita de cristal donde había sido colocado, y un refrigerador viejo, de donde Arturo sacó una botella de cerveza. Decían que vivía con su abuela, quien ocupaba un cuarto al fondo de la casa, pero nunca nadie la había visto.

—¿Quieren una cerveza? —nos preguntó.

Arrojó una botella hacia el lugar donde estaba Junior, sin previo aviso, y éste apenas pudo atraparla. Nos quedamos

ahí de pie, sin decir nada, y no bebimos hasta que Arturo vació la mitad de su botella de una manera contemplativa. Dio un chasquido e inspeccionó el cuarto, como diciendo "aquí estamos", lo que significaba que yo podía comenzar a hablar.

—¿Funciona bien el estéreo? —le pregunté.

—Sí, muy bien.

Terminó la cerveza de un segundo trago.

—Tuve una emergencia... —dije.

Arturo era un hombre irascible con el que uno siempre tenía que andar con cuidado, pero yo le simpatizaba. Los músculos de su rostro se distendieron en una sonrisa de labios finos y pálidos.

—Claro —dijo—, ¿cuánto te debo?

—Quinientos —dije.

Era uno de mis mejores clientes. Le había vendido varias cosas, siempre le decía que me pagara luego porque era una persona confiable y para mí era una forma de ahorrar. Los bancos estaban en quiebra, había una crisis y Arturo pagaba en dólares.

—Me hubieras dicho antes —dijo.

Abrió la puerta de acero que daba a un cuarto con paredes pintadas del mismo verde alberca, con un colchón envuelto en una manta con el dibujo de un león. Había una segunda puerta abierta que parecía dar a un corredor. Abrió el cajón del buró y sacó un fajo de dólares.

—¿Traes más cosas?

—Claro.

Fui al coche por mi maleta y la coloqué sobre la barra de la cocina. No sabía de dónde provenían aquellas cosas y la verdad es que no quería averiguarlo. Lo que estaba claro era

que con mi sueldo semanal jamás hubiera podido comprarme un automóvil.

—Tengo un discman —dije.

—¿Y para qué quiero eso?

—Y un estéreo para carro con carátula.

—¿Para qué es la carátula?

—Para que no te lo roben.

—Pobre del que se atreva —dijo.

—Y tengo esto.

—¿Qué es?

—Es un detector de radares de policía. Cuando hay uno cerca este foco rojo se enciende y se apaga.

—¿Cuánto?

—Veinte.

—¿Cuánto ganas vendiendo estas cosas?

—No mucho.

—Deberías de vender para mí.

—¿Cuánto puedo sacar?

—Lo que tú quieras.

—No sé.

—Piénsalo y luego me dices.

En el semáforo de Periférico y Tecnológico una *pick up* Ram Charger se detuvo a un lado y nos tocó el claxon. Detrás del vidrio ahumado, que descendió con velocidad teatral, apareció el rostro de sapo de Rosendo Payán, quien había ido con nosotros a la escuela secundaria, aunque nunca se graduó, como Junior.

—¿Adónde van? —gritó.

¿Adónde íbamos? A ningún lado en realidad, así era siempre. Junto a Rosendo había un hombre que ninguno de los dos conocía.

—Vénganse con nosotros —dijo Rosendo—, traemos dos veinticuatro de Modelo.

—¿Vamos con él? —pregunté a Junior.

Los ojos saltones de Rosendo nos miraron con la benevolencia que parecía faltar en la expresión casi indiferente, algo irascible, de su desconocido compañero.

—Vamos a ir por unas morras —dijo Junior, sin convencimiento.

La boca de Rosendo se abrió dejando ver dos hileras de dientes bien dispuestos.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó, como para evidenciar una vez más que algo malo había pasado durante su desarrollo mental.

—No —dijo Junior.

—Traigo un Buchanan's —dijo Rosendo.

—No, no creo —dije.

—Nos estamos viendo, pues.

La camioneta se alejó con tres cambios de velocidad antes de que el semáforo cambiara a verde.

—Pendejo —dijo Junior al mirar la esquina donde la camioneta se perdió.

—¿Por qué te cae mal? —pregunté, y pensé en la botella de Buchanan's. No me hubiera molestado contemporizar con un idiota como Rosendo por unos tragos de whisky de buena calidad.

A la izquierda estaba el muro del cementerio con su faro solitario, a la derecha una hilera de casas, todas iguales, de ladrillos color naranja. De una de ellas salió una muchacha de trece o catorce años, escuálida, de cabellos revueltos y grasos, descalza y mal abrigada, que bailó de frío junto a la puerta del coche.

—Dice que se está arreglando, que la esperes —dijo, y corrió de regreso a la casa.

Encendimos un cigarro y lo compartimos. Destapamos otras botellas de cerveza, la caja estaba por terminarse. Yo no sentía euforia ni mareo, sino el malestar que había estado ahí desde que podía recordar, como si lo llevara en el asiento de atrás y me pusiera una mano en el hombro y me susurrara al oído.

Jocelyn apareció con el abrigo ceñido a la cintura, pantalones ajustados, bufanda, botas de trabajo, tenía veinticinco

años, el rostro lleno de pecas, y yo quería que Junior constatará que tenía los ojos claros, como le había dicho. Éste se bajó para cederle el asiento del copiloto.

—¿Qué hacen? —preguntó después de sentarse, parecía de mal humor.

—Vamos a dar una vuelta —le dije.

—Tengo que trabajar.

—¿Tan tarde? ¿Con este frío?

Sacó una cajetilla de Broadway Lights de su bolso.

—Te presento a Junior.

—Hola, Junior.

—Hola.

—¿No tienes una amiga? —pregunté.

Estiró el cuello sobre el asiento e inspeccionó a Junior.

—Brenda —dijo—, pero no puedo faltar al trabajo. ¿Me llevas?

Sopesé la pregunta. ¿Qué podíamos ganar con llevarla si no vendría con nosotros?

—O puedes llevarme a la parada del camión —dijo.

—Vamos a llevarla —dijo Junior.

—Descanso el lunes y también Brenda; si quieres podemos ir a algún lado.

Pasamos la planta de automóviles. La avenida Tecnológico se convirtió en carretera, la zona de los bares, los salones de baile y los moteles de paso. Jacuzzi, camas de agua, televisión a color, decían los letreros, reliquias de una época en la que esto último era una novedad. Algún día, antes de irme a Amarillo, llevaría a Jocelyn a uno de esos lugares. Una vez, en las afueras de la ciudad, logré quitarle la blusa y cuando estaba por desabrocharle la cremallera del pantalón, me dijo que estaba en su periodo.

—Voy a mancharte el carro —me dijo.

—No me importa.

—Pues a mí sí.

—¿Por qué?

—Es incómodo —dijo ella—, ¿no te da asco?

—No.

—Qué raro, a los hombres les da asco.

—Yo soy diferente.

—Pues lo siento.

—Mira, si tanto te importa manchar el carro ponemos un trapo —dije, y busqué a tientas en el suelo detrás del asiento.

—Que no. Si quieres cogermelo tienes que pagar un motel.

Durante el camino vimos grupos de mujeres subir a autobuses abarrotados, cada uno con el nombre de la planta escrito en el parabrisas con betún blanco para zapatos. Llegamos al parque industrial Siglo XXI a tiempo para el cambio de turno. Era como estar en una ciudad totalmente distinta de donde transcurrían nuestras vidas: la avenida limpia, el camellón con palmeras, el césped bien cuidado, las naves de la plantas manufactureras a los lados, con jardines frontales y árboles, como las casas en los programas de televisión norteamericanos.

—Aquí —dijo Jocelyn—: Mill Com.

—¿Y qué hacen ahí dentro? —preguntó Junior.

—No sé, componentes para algo, comunicaciones.

—¿No sabes para qué son?

Jocelyn expresó con un mohín lo que pensaba respecto a la curiosidad de Junior por saber qué hacía ella durante ocho horas, seis días a la semana.

—Gracias por traerme —dijo, mordió un trozo de goma de mascar y me besó en la boca: el sabor era de plátano.

Cerró la puerta de un portazo innecesario. La vi partir, el contoneo de sus caderas, el abrigo ajustado, y la odié, un odio que era más dolor, tristeza, y que, lo sabía muy bien, pasaría pronto.

—Ya tengo el dinero.

—Bien, ya preparé las cosas, mi madre sale mañana a las seis a Aguascalientes. Pasa por mí a las seis y media.

—¿Y Walter?

—Se va con ella.

Le quedaban cinco pesos de crédito a la tarjeta y hablar por teléfono con el viento del norte entre las piernas me parecía desolador.

—¿Elías?

—¿Sí?

Pasaron dos patrullas a toda velocidad con las sirenas encendidas, una tercera en sentido contrario encendió la torreta y los siguió. La ciudad, a pesar del frío, de la soledad, parecía tener vida propia.

—¿Crees que sea lo mejor?

—Ya lo hemos hablado, Rosy.

—Yo sé, pero me da miedo.

Rosalinda usaba la ropa que su madre vendía a crédito, fabricada en Aguascalientes. Nunca me atreví a decirle que era muy fea, pasada de moda, algunas veces ridícula. Una vez llevó algunas prendas para que las viera mi madre. Los

vestidos, cubiertos de plástico, estuvieron días sobre uno de los sillones.

—Oye, Lulú —le dije—, ¿no vas a ver los vestidos?

—Están horriblos.

Así que compré uno y lo guardé en el armario, donde nadie pudiera verlo, y cada semana le pagaba un abono a Rosalinda, todo porque no me atreví a decir que Lulú consideraba horriblos los diseños.

—Nunca le he visto el vestido a tu mamá —me decía.

—El otro día lo traía puesto.

En una ocasión, mientras merendábamos, Rosalinda le preguntó a mi madre a bocajarro si le había quedado bien el vestido.

—¿Cuál?

—El que me compró...

Intenté cambiar de tema, pero ambas mujeres entendieron lo que había pasado y no hicieron ningún comentario al respecto. Al día siguiente eché el vestido al bote de basura. Días más tarde se lo vi puesto a la mujer de enfrente, lo cual demostraba la teoría de Lulú de que los vecinos hurgaban en nuestra basura.

—Tiene que haber mujeres allá afuera, en alguna parte —dijo Junior, la mirada puesta en la mancha de luces que era la ciudad—; dicen que nos tocan siete por cada hombre.

—Yeah —dije, y me incorporé en el asiento para no quedarme dormido.

Pensé en lo estúpido que era tomar cerveza y buscar mujeres cada fin de semana. Pronto yo estaría lejos de todo eso. ¿Qué haría en Amarillo? Lo mismo, probablemente, pero ganaría mucho dinero, me compraría un auto nuevo, una casa, una barra con bancos, un refrigerador pequeño, todo lo que siempre quise tener. Me casaría con una gringa. No, no me casaría, tendría muchas amantes: gringas, asiáticas, negras.

—Vamos al Old West —dijo Junior.

Era el último lugar donde yo hubiera querido estar de no ser porque había otro peor. Aunque mi casa estaría completamente sola y fría, en otras circunstancias tampoco era mucho más agradable: Lulú frente a sus series norteamericanas y una taza de descafeinado instantáneo, con una cobija en las rodillas. No hacía otra cosa por las noches desde que llegó el promotor de la compañía de cable y le vendió el paquete básico. Después del divorcio salió con un par de

hombres con los cuales fui amable, les ofrecí algo de tomar e intenté sacarles conversación. Nunca volvieron, no debía serles agradable salir con una mujer que tiene un hijo adolescente. Tal vez percibieron detrás de mi afabilidad algo torcido que amenazaba con estallar de un momento a otro. ¿Y no era así? O quizá el problema era de Lulú. ¿Cuál podía ser? Era una mujer de treinta y ocho años, guapa e inteligente. Concluí que la urgencia de emparejarla con alguien era porque no quería dejarla sola, pero ya no era mi problema. Estaba destinado a cosas más grandes que pasar los fines de semana buscando mujeres y cerveza.

—El otro día leí que la cerveza mexicana es una de las mejores del mundo —dijo Junior; le daba por ponerse filosófico muy avanzada la noche—: una botella de Corona puede llegar a costar diez dólares en Japón.

—En Japón usan yenes, no dólares.

—Pero imagínate: diez dólares por una Corona y aquí no nos cuesta nada.

—A mí no me gusta la Corona —dije.

La cerveza era, uno de los pocos temas que teníamos en común Junior y yo.

—¿Cuál es tu favorita? —me preguntó.

—Me gusta la Indio.

—A mí la Carta Blanca.

—La Carta Blanca sabe a orines de perro tuberculoso.

—Bien que te la tomas.

—Cuando no hay de otra.

—La Carta Blanca es la mejor cerveza del mundo —dijo Junior—. Cuando los japoneses la prueben no van a pagar diez dólares, sino veinte.

—Estás loco.

—Ya verás.

—Una vez fui a México con mi papá —dije—. Allá tienen muchos tipos de cerveza, no como aquí.

—¿Y qué tienen?

—No hay Carta Blanca; tienen una que se llama Sol, aún peor.

—Debe de ser muy buena.

—Ésa no sabe a orines de perro tuberculoso, sabe a orines de perro con sida.

—No seas pendejo.

—Fuimos a un restaurante y mi padre me dijo: “Ahora sí vas a saber lo que es bueno, porque en ese lugar venden cerveza yucateca”.

—¿Y qué tal?

—Hay una oscura que se llama León y una clara que se llama Montejo.

—Qué nombres tan raros.

—Ese día mi papá y yo nos emborrachamos en el restaurante.

Junior se limitó a mirar los parabrisas cubiertos de escarcha de los autos estacionados, como grandes bloques de hielo, y las calles vacías, como si éstas significaran algo más allá de eso: calles vacías. Sé que le hubiera gustado emborracharse con su padre si lo hubiera conocido, o su padrastro, ir a México, tomar cerveza yucateca.

—La Modelo Especial es buena —dijo.

—Pero es muy cara.

Nos detuvimos en el amplio terreno frente al gran letrero de neón que decía Old West. Junior se tomó de dos tragos la última cerveza de la caja. Al abrir la puerta una canción *country* y el tufo de la cerveza rancia nos pegó de frente.

El lugar estaba casi vacío. En el Old West un día se tocaba música norteña y el otro música *country*; esta última me desagradaba menos. Junior le hizo una señal a una mujer de cincuenta años, vestida con falda negra y blusa de color rojo, los hombros descubiertos, a pesar del frío dentro del bodegón.

—¿Qué van a querer? —nos dijo.

—¿Qué cerveza tiene? —preguntó Junior.

—Dos equis.

—¿Y...?

—Dos equis.

—Tráiganos dos —dijo Junior, y luego, aparte, para mí—: ésta nomás sabe a miados de perro, punto.

En la mesa contigua había dos mujeres: la que parecía mayor tenía el cabello pintado de rojo, el de la menor era castaño natural. La primera debió de ser bonita en su juventud y era obvio, al ver el parecido entre las dos, que debía de ser madre de la segunda.

—Yo pido la más joven —dijo Junior.

A esas alturas de la noche me daba igual lo que pudiera pasar. Me dediqué a beber mi cerveza y a pensar en Amarello. Junior habló con las dos mujeres y sacó a bailar a la más joven. La apretó de la cintura y la guió con gracia de un lado a otro del local, sus botas se deslizaron con suavidad. A su vez la muchacha bailó de una manera torpe y sin ganas: vestía un abrigo rojo, mallas ajustadas de color verde, sueltas de las rodillas para abajo, que terminaban en un estribo bajo las zapatillas, también verdes. La mujer mayor me hizo una señal para que fuera a sentarme junto a ella.

—¿Tu amigo es narco?

—No.

—¿Y tú qué haces?

—Trabajo en un cine.

—Ah.

Se llamaba Candy, dijo, y me estiró, a manera de saludo, una mano fría con las uñas pintadas de rojo y varios anillos.

—Yo trabajo en Mill Com, también mi sobrina —dijo ella—. Es nuestro día de descanso.

—Parecen primas —dije, o más bien dijeron todas las cervezas de la noche en mi corriente sanguínea.

—¿Quieres bailar? —me preguntó.

Por qué no, pensé, y me dejé llevar de un lado a otro de la pista por el perfume dulzón, el olor a tabaco y a champú Vanart.

—Bailas bien —dijo.

Junior y la mujer más joven se sentaron. Comenzó otra canción y me dejé arrastrar una vez más de un lado a otro.

—Me cobró por la canción —me dijo Junior, molesto, cuando me senté junto a él.

Pude ver de cerca a la mujer más joven: era morena, de cabello lacio, muy negro, piel lozana y rostro ovalado; usaba poco maquillaje comparada con su tía

—Oye —le dije a Candy. Sentía que entre los dos había el entendimiento que faltaba entre la mujer más joven y Junior—, tu sobrina le cobró a mi amigo por bailar la canción.

Candy suspiró.

—Le falta vivir. Cree que porque es bonita y joven se merece todo. Cuando yo tenía su edad mi madre me dijo que nunca rechazara a un hombre que me sacara a bailar, “aunque sea muy feo —me aconsejó—, acuérdate de lo que le pasó a Rosita Álvarez”.

—Pues si te cobra no bailes con ella —le dije a Junior.

—Deja que me conozca y verás que ya no me cobra.

Recobré la borrachera con la última cerveza y le conté a Candy que vendería mi auto y me iría a Amarillo; que estuve aprendiendo inglés por mi cuenta y que Jocelyn no quería tener sexo conmigo si no era un motel. Finalmente le conté cómo había hecho todo lo posible para que Lulú no se quedara sola.

—Yo también tengo un hijo; es muy celoso —dijo Candy.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce.

Junior bailó otra canción con la mujer más joven y luego se besaron.

—Vamos afuera —dijo Candy.

La temperatura había descendido, nos recibió aire de la sierra, más allá de la bruma y las líneas inacabadas del paisaje. Un tráiler pasó dejando una estela de ruido.

—¿Cuál es tu coche? —preguntó Candy.

—Ese que está ahí.

—¿Tiene calefacción?

—Claro.

—¿No quieres mover el coche hacia allá? —dijo, y señaló una zona oscura a un lado del bodegón.

Crucé los dedos mentalmente para que el coche arrancara a la primera. Volví a girar la llave dos veces más y lo moví, despacio, sobre la grava. Aunque por un momento sentí una especie de malestar, como si fuera a vomitar, Candy puso la mano en mi pierna, y esto me dio confianza. Cuando estacioné el coche me sonrió. Era la señal, e intenté besarla.

—Todavía no —dijo ella.

Abrió un paquete con dos pastillas de menta, de esos que regalan al pagar la cuenta en los restaurantes, y me alargó una.

Tenía los labios partidos, cubiertos de un colorete que sabía a parafina y algo que pretendía ser frutal. Era incómodo acariciarnos por la cantidad de ropa que llevábamos puesta. Se bajó el cierre de la chaqueta y me mostró una blusa gris con cuello de tortuga. Le toqué los senos y sentí por encima de la tela las costuras del sujetador: uno pasado de moda, de encaje.

—Bésame bien —dijo ella—, abre la boca.

Me pasó la lengua por los dientes y me desabrochó la bragueta.

—No creas que hago esto con cualquiera —dijo.

—Vámonos de aquí.

Los cristales del coche estaban empañados y la oscuridad del exterior se cubrió de una película lechosa.

—¿Y tu amigo?

En ese momento yo hubiera sido capaz de abandonar a mi amigo. Lo imaginé en la carretera, de madrugada, con la espalda echada hacia adelante y las manos en los bolsillos.

—¿Y mi sobrina? No puedo dejarla aquí.

—Vamos a llevarla a su casa y llevamos a Junior.

Ella hundió la cabeza en el espacio libre entre el volante y yo. En el espejo retrovisor aparecieron los faros de una *pick up* al estacionarse frente al local, unos metros atrás, pero ese lugar era un buen escondite, nadie podía vernos, a menos que alguien saliera por la puerta de emergencia junto a los botes de basura. Candy tomó mi mano y se la colocó en la nuca. En la pantalla marrón que era el techo vi luces como partículas de polvo. Sentí cómo sus dientes me hacían daño y al principio no me importó. Había tomado demasiada cerveza, tenía ganas de orinar. Pensé decirle que esperara un momento, salir a la oscuridad y descargar mi vejiga en

un rincón, detrás de los botes de basura, pero entonces ella se daría cuenta, y la cuestión era si después de eso querría volver a hacerlo.

—¿No te gusta? —me preguntó.

—Sí, me gusta.

—No es cierto —dijo, y se incorporó en el asiento.

—Es cierto.

—No dices nada.

—Lo siento.

—Es mi culpa.

—¿Por qué?

—No lo hago bien.

—Claro que sí.

—Mentiroso.

Me sonrió con un movimiento de hombro apenas perceptible. Encendió la luz del espejo y se arregló el cabello. Sacó un estuche de plástico y se repasó con polvo el rostro. Podía llegar a ser bonita dependiendo de la luz y de la expresión. Al concentrarse en el espejo se le distendieron las arrugas de las comisuras y los ojos. Me permití pensar que podía enamorarme de ella y pedirle que nos fuéramos juntos a Amarillo, aunque tuviera un hijo seis años menor que yo. Podría ser como un padre para él o, mejor dicho, como un hermano mayor.

—Vamos —dijo.

Reconocí la camioneta Ram Charger, por eso no me sorprendió encontrar a Junior sentado frente a Rosendo y al hombre desconocido. A primera vista parecía de unos treinta años, el rostro limpio y pálido, como el de un cerdo que se lava la cara, el bigote rubio, casi blanco, debajo de la punta cuadrada, como un dado, de la nariz. Las alas del

sombrero le quedaban muy grandes y sus cabellos eran tan rubios y delgados que parecían de anciano.

—¿Cómo se llama tu amigo? —preguntó a Rosendo la sobrina de Candy, cuyo nombre resultó ser Verónica.

Junior tenía los codos apoyados en la mesa, como si quisiera interponerse entre Verónica y los recién llegados.

—Se llama Lobo —dijo Rosendo.

Lobo estaba absorto en la canción *country* que sonaba en ese momento, igual a todas las anteriores. Sentí cómo Candy se me fue de las manos de una manera suave y se sentó junto a Lobo.

—Lobo estuvo en el *Army* —dijo Rosendo—, ¿verdad?

La punta en forma de un dado se movió a manera de afirmación, me pareció que era una nariz fría, como de perro.

—Tiene un tatuaje —dijo Rosendo.

—¿De verdad? —preguntó Verónica—. ¿Cuántos años tiene?

—Es tragaños.

Yo quería pensar que Lobo tenía treinta años, pero al mirarlo con detenimiento pude ver que, según el ángulo, podía parecer más viejo o más joven. Aunque sabía que hablaban de él, Lobo se dedicó a fumar.

—¿Qué van a querer? —dijo la mesera.

—¿Qué cerveza tiene? —preguntó Rosendo, con autoridad, para sobreponerse delante de Verónica.

—Dos equis.

—¿Y?

—Dos equis.

—¿Nada más?

—Sí —contestó la mujer, impaciente.

—Guácala —dijo Rosendo.

—Sí, guácala —dijo Verónica.

Lobo se sumó a los anteriores juicios de valor con un movimiento de cabeza.

—¿Y no tienen licor? —preguntó Rosendo.

—Tenemos Don Pedro y Bacardí blanco.

—¿Tú de cuál quieres, Elías?

Esto me regresó a la mesa. Había estado observando a Lobo.

—Bacardí.

—Tráiganos una botella y póngame en la cuenta lo que lleven las señoritas y los señores —dijo.

Si quiere pagar que pague, me dijo el rostro nervioso de Junior. Rosendo ya no era el mismo desde que su padre, que era prácticamente analfabeta, llegó al barrio en una camioneta nueva, compró las casas que estaban al lado de la suya, abrió puertas para conectarlas y mandó construir grandes cocheras. Las casas perdieron su identidad original en un amasijo de cuartos como apéndices, cubierto de betún color crema, como pastel de boda; le nacieron columnas, nichos con vírgenes y santos, dos leones de mármol mal esculpidos en la escalinata.

Cuando pusieron la botella frente a nosotros, Junior y yo sabíamos que la decisión estaba tomada: no podíamos irnos en ese momento, pues no estábamos dispuestos a dejar a las que considerábamos nuestras mujeres. Destapé la botella, me serví hielo y llené el vaso hasta la mitad con ron, lo completé con agua mineral y un chorro de Coca Cola. Desprecié las rebanadas de limón que la mesera colocó junto a la cubeta de hielo. Rosendo, complacido de que Junior y yo aceptáramos la invitación, se sirvió una cuba con poco

ron. Junior empinó la botella más que yo y llenó el resto del vaso con Coca Cola. Lobo rechazó la botella con una señal.

—Gracias, Rosendo —dije con mi mejor cara de póquer.

El ron me puso en un estado de tensión agradable. Aunque podía esperar el tiempo necesario para estar con Candy, busqué su mirada para hacerle entender que lo mejor era irse; no podía hablar con ella a causa de la música y de que estaba sentada al otro lado de la mesa. El segundo trago me sentó mejor que el primero. Rosendo dejó de parecerme un imbécil, todo lo contrario: un gran tipo. Quién sabe por qué a Junior le caía tan mal. Y Lobo, que en un principio me pareció siniestro, era alguien dócil, amante de la música *country* por la manera como seguía el ritmo con los dedos en la mesa y tarareaba las letras.

—¿Tu amigo Lobo no toma? —pregunté a Rosendo.

Tenía la sensación de que lo había visto antes en algún lugar.

—No. Dice que se convierte en una bestia —me respondió. Le complacía hablar de su compañero.

—¿Te gusta la canción, Lobo? —le pregunté.

—Yeah —dijo.

—¿Quieres bailar? —le grité a Candy.

—Ahorita —contestó.

¿Cuántos años tendría realmente Candy? Debió ser mucho más guapa que Verónica cuando tenía mi edad, y era mía, porque un momento antes, en el coche, me la había mamado.

Me percaté del sudor en la frente de Junior cuando apuró el segundo vaso de ron. El cuerpo de Verónica, elástico e inverosímil, estaba inclinado hacia Rosendo, pero éste no

tenía ojos para ella e intentaba conversar con Junior. Me preocupé, había visto a mi amigo dar palizas tan sólo por una mirada altanera o un malentendido.

—¿Recuerdas aquella vez —le dijo Rosendo— cuando me salvaste?

—Sí.

Un par de años antes, Junior vio a dos tipos muy grandes golpear a Rosendo y salió en su defensa, sin camisa, un cigarro en la boca, a pesar de que a su madre no le gustaba que fumara en casa, una toalla en el hombro y un cepillo en la mano.

—Pónganse con uno de su tamaño —dijo.

—¿Tú también quie...? —el primero de los matones no terminó la frase porque una de las botas de Junior en la entrepierna se lo impidió. El segundo midió a su contrincante y supo que lo mejor era no intentar nada.

—Tranquilo, no es contigo —dijo, ayudó a su compañero a levantarse y se alejaron.

No por algo mi amigo era famoso entre los muchachos de nuestra edad en toda la zona. Desde entonces Rosendo consideraba a Junior su mejor amigo, a pesar de que éste lo había defendido sólo porque un código no escrito decía que dos tipos no deben de golpear a uno solo, y menos si era débil y maricón como Rosendo.

—Vamos a bailar —le dijo Junior a Verónica.

—Estoy cansada —dijo ella.

Decidí que lo mejor era dejar de beber; alguien tenía que mantener la cabeza fría. Fui al baño, que apestaba a orines y mierda, me eché agua casi al borde de la congelación en la cara y el cabello. Apoyé mi cabeza en la pared donde estaba el mingitorio de hojalata, olí el vapor de mi orina y vi mis

botas viejas, manchadas de barro, y junto a ellas unas rojas, relucientes, de piel de armadillo.

—Tanto que nos cuesta y luego lo tiramos —dijo Lobo.

—Yeah —dije.

No me había percatado de su tamaño. No era enano, su cabeza diminuta era proporcional a su metro y medio, erigido en una postura tan recta que no era normal.

—¿De dónde eres, Lobo?

—Texas.

—¿Nos hemos visto en algún lado? —pregunté.

—Tal vez.

—Creo que no debí probar el ron.

—¿Quieres un pericazo?

—No, gracias.

Me eché más agua en la cara. Tenía que remontar los dos tragos de ron, de lo contrario Candy se me iría de las manos y Junior nos metería en problemas.

—Ya me siento mejor —dije, pero ya no había nadie en el baño.

Cuando regresé a la mesa el espacio entre Verónica y Rosendo se había reducido a nada, y Candy ni siquiera me miró. Tal alejamiento había ocurrido de manera tan rápida que ni siquiera podía creerlo y me quedé ahí, de pie. Aunque ya no era un secreto que ella estaba más interesada en Lobo que en mí, yo no podía dejar de sentir simpatía por él luego de dos frases en el baño, por su voz neutra y sus ademanes aristocráticos.

—Voy a salir a tomar el aire —dije. Tenía que encontrar una manera de aclararme la cabeza.

El aguanieve podía verse caer a través de la luz de los faroles; una lluvia de pequeñas agujas laceraron mi rostro.

Un tráiler, la misma metáfora inconclusa, imposible de interpretar, dejó tras de sí una estela de hielo y ruido.

—¿Dónde estabas? —me dijo Junior cuando regresé.

—Afuera.

—Te tardaste mucho.

—Ya vamos a cerrar —dijo la mesera y puso la cuenta en la mesa.

Rosendo sacó un fajo de billetes del pantalón, cohibido ante la mirada de Verónica.

—Estamos muy cansadas —dijo Candy.

—Vamos a seguirla —nos dijo Rosendo.

No quería despegarse de Junior y se sintió con la obligación de agregar:

—Traigo un Buchanan's en la troca.

—¿Traen troca? —preguntó Verónica y miró a Junior con cautela.

—Permíteme un momento —le dijo éste.

La tomó del brazo y se la llevó aparte. Lobo estaba atento a la situación, la mirada fija en Candy y en mí, sin dejar de tamborilear en la mesa y murmurar su canción.

—Vente conmigo —le dijo Junior.

—Ni que estuviera loca —contestó Verónica.

—Voy al baño —dijo Candy.

En un principio decidió ignorarme para examinar su figura en el espejo del lavabo. Sacó el estuche del maquillaje y me miró como a un pariente con el que se ha convivido demasiado tiempo en tardes lánguidas frente al televisor, donde no pasan nada bueno.

—No me veas así —dijo ella.

—¿Cómo?

Se repasó una ceja.

—Me gustas mucho —dijo—. Eres tierno.

La otra ceja.

—Pero ellos traen troca. Y son narcos.

—Entiendo.

Yo era un buen muchacho, narcisista, compasivo, hijo de mamá, pero algo palpitaba en el bolsillo de mi chaqueta, una idea que se negaba a nacer, una posibilidad.

Candy guardó el estuche en el bolso, me tomó de la cabeza con ambas manos y me besó. Su boca estaba caliente y húmeda, era el único lugar donde yo quería estar; afuera el resto del mundo era una carretera de hielo por donde transitaban camiones de carga y uno vagaba de un lugar a otro en busca de cerveza y mujeres. Su boca era suave y afuera

todo era anguloso y áspero. Su perfume se mezclaba con el olor a orines y mierda del baño de mujeres.

—Vente conmigo —dijo una voz que salió de mi boca, desconocida hasta entonces, que siempre había estado ahí, hablaba desde el hambre y la sed y el frío.

—Yo te quiero —dije.

—Chiquito, ¿cómo me vas a querer si acabas de conocerme?

—Tengo dinero —dije—, son quinientos dólares.

Ni siquiera miró los billetes, sus manos aún estaban en mis sienes como si se hubieran quedado pegadas por una descarga eléctrica. Me hubiera gustado tener la certeza de lo que había dentro de ese cráneo revestido de piel, de maquillaje, de cabello oloroso a champú y tabaco. Huesos, carne, órganos; era absurdo desear algo tan distante y cercano a la vez: un organismo repulsivo, hecho de la misma materia que el mío.

—Te lo doy —dije—, pero ven conmigo.

—¿Crees que soy puta o qué?

Quise decirle que había fantaseado con ella; que, como en un cuento chino de los que me leía Lulú cuando era niño, nosotros, en la eternidad contenida entre un segundo y otro, habíamos tenido una vida juntos, viajado por esa carretera rumbo a la única dirección posible: Amarillo, Texas.

—No sabes cómo tratar a una mujer.

9

Quería dejar ese lugar lo más pronto posible y conducir rumbo al norte, hasta que la gasolina se terminara. Presioné el pedal y giré la llave de ignición. La marcha se accionó y los pistones se agitaron con un ruido sordo. La luz roja parpadeó en el tablero como la constancia de que mi voluntad tenía una pequeña consecuencia en la realidad. Junior podía quedarse congelado en medio de la carretera, Candy y la imbécil de Verónica podían irse con Rosendo y Lobo, y arder los cuatro en el infierno, junto con Jocelyn y Rosalinda, Lulú y mi padre. Pero, al igual que la explosión nuclear que siempre había deseado y temido, la pequeña detonación que necesitaba para dejar atrás el lugar nunca ocurrió. Lo que repercutió en la noche fue el sonido del claxon cuando golpeé el volante con la base del puño.

Luego la calma, aún más odiosa; el aborrecimiento de uno mismo por ser incapaz de destruir y hacer daño; el pacto entre la falta de voluntad y el inmenso espacio de allá afuera; la transacción entre la cobardía y la conformidad. Sobrevino el silencio de la helada, anegando, por igual, con su oscuridad de pequeños alfileres de hielo, los deseos más honestos y los más aberrantes.

Junior, pensé.

Encontré a mi amigo frente al grupo conformado por Lobo, Rosendo y las dos mujeres; tenía las piernas bien plantadas en el suelo, al final del brazo extendido algo parecido al revólver sustraído esa mañana del cajón de la ropa interior de su madre y que sabía cómo utilizar. Candy giró la cabeza hacia mí, implorante.

—¿Qué haces? —dije.

—Elías —dijo Rosendo con calma, en un tono que nunca le había escuchado; detrás estaba Verónica—, dile a Junior que no dispare.

Adiviné la expresión en el rostro de Lobo en la oscuridad y sabía muy bien lo que significaba. Me pareció que ya no era tan pequeño como lo había visto en el baño. Verónica comenzó a sollozar; Rosendo la tomó del brazo para tranquilizarla.

—Dispara, muchacho —dijo Lobo.

—¿Qué estás haciendo? —dije.

—Hazte para atrás —ordenó mi amigo.

El tono frío y pausado de Junior terminó por bajarme la borrachera. Sentí ganas de llorar como un niño, luego enojo, y finalmente llegué al estado de ánimo en que es imposible pensar: lo importante era retardar el disparo, decir cualquier cosa y confiar en que alguien más llegara, o que algo de allá afuera viniera a arreglarlo todo; pero yo nunca había creído en ese algo.

—Si disparas el padre de Rosendo te va a matar —dije.

Conocía la irascibilidad de mi amigo, la había visto muchas veces. ¿No es la ira igual en todos? Una delectación que nos inunda el pecho y nos convierte en niños asesinos.

—¿No recuerdas que las armas las carga el diablo?

—Las carga el diablo —intervino Lobo—, pero las disparan los pendejos.

Junior no era un cobarde como yo, era capaz de proyectar su voluntad en forma de un disparo que rompiera el cristal de esa helada interminable.

—Da lo mismo que dispires o no —dijo Lobo—, ya estás muerto de todas formas.

Verónica comenzó a llorar y apretó los puños. Hubiera echado a correr de no ser porque Rosendo la sujetaba del brazo, cubriéndola con su cuerpo. Candy me miró; yo era el único que podía controlar al orate que le apuntaba con un arma y salvarla del disparo.

—El problema no es con las mujeres, deja que se vayan —dije.

Cuando Junior hizo un ademán con la cabeza, Lobo intentó moverse.

—Tú no, pinche gringo.

Escuchamos los pasos de las mujeres perderse en la noche, un camión de carga y luego otro, como la única manera de medir el tiempo en circunstancias como esas. Lobo tenía razón, mi amigo ya estaba muerto, pasara lo que pasara, y yo también. Nos buscarían, nos torturarían, encontrarían nuestros cadáveres en una cajuela, desnudos, con las manos atadas con alambre de púas, como lo había leído tantas veces en el periódico.

—Tu mamá se va a poner muy triste —dije tal y como llego a mi mente, no podía pensar en nada más.

Mi intento por mantener la calma se desvaneció por completo al sentir la hoja de hielo en el pecho que llaman miedo.

—Rosendo —dije—, dile que si baja la pistola las cosas se van a quedar así.

Aunque era un buen muchacho, una persona racional, no dijo nada, se dedicó a mirar con odio el ojo de acero que en cualquier momento se pondría al rojo vivo, y cuyo fuego estaba dirigido a él.

—¿Y a poco sabes disparar? —dijo Lobo.

Sonaron dos disparos.

Me contraje sobre mi propio cuerpo, Rosendo también, Lobo permaneció inmóvil. Sentí algo caliente en el pantalón y pensé que era sangre. Me llevé las manos a la entrepierna: el líquido se me fue enfriando entre los muslos, una sensación familiar cuando eres pequeño, despiertas en medio de la noche y tu madre está molesta porque mojaste las sábanas. El brazo de Junior estaba extendido hacia el manto roído de la noche.

—Me caga la madre —grité—, si les disparas me van a matar a mí también. Me vale madres lo que hagas, yo no tengo la culpa de tus pendejadas.

—Tú también ya estás muerto —dijo la sonrisa de Lobo en la oscuridad.

Junior bajó la pistola.

—Vámonos —dijo.

En su mirada y en su tono no había odio sino la tristeza cansada del que ha tomado la decisión correcta en contra de su propia naturaleza y dignidad.

—¿Me los echo? —dijo la voz de Lobo detrás del cañón de un revólver Colt.

—No pasó nada aquí —dije—, no tenemos por qué matarnos entre amigos, Rosendo.

Ojalá las mujeres hayan llamado a la policía, pensé.

—Ustedes no me consideran su amigo —dijo Rosendo en un tono casi mujeril.

—Sí, claro que sí. ¿Verdad, Junior?

Pero éste no dijo nada; el tono de mis palabras me hizo sentirme cobarde e hipócrita.

—Bien sabes que no —añadió Rosendo.

—Hay que echárnoslos —dijo Lobo, y dio un paso adelante—. A tu padre no le va a gustar que dos pelagatos como estos hayan amenazado a su hijo.

La expresión de Lobo decía que la vida no era un juego, que ya éramos adultos y todo tenía sus consecuencias; era el rostro del castigo, del fiscal.

—Pues que dispare —dijo Junior—, pero sólo a mí. Elías no hizo nada.

—Cállate, niño héroe —dijo Lobo.

—No hay bronca, así la dejamos —dijo Rosendo con el orgullo de una mujer agraviada que resulta ser más noble que uno.

—Eres un pinche orate —dije.

Miré el reloj: en tres horas tendría que estar despierto y recoger a Rosalinda. Junior se acomodó en el asiento del copiloto con ambas manos en la entrepierna.

—Huele a meados —dijo—, ¿te measte?

—Sí, y casi me cago —dije, con una carcajada.

No podía dejar de reír ante la mirada atónita de Junior.

Al conducir de regreso me quedé dormido por un momento, así que detuve el coche en una estación de gasolina y bajé para despabilarme. Miré el paisaje: la autopista, el centro comercial a oscuras, los hoteles de cadena norteamericana, los fraccionamientos vacíos. Tiempo atrás soñé con una vida normal: estudiar ingeniería en sistemas, casarme con una condiscípula de pelo castaño y rostro ovalado, una casa, un auto, hijos; votar cada tres años, como el abuelo, quien, cada día de las elecciones, se afeitaba, se ponía un traje de tres piezas, de cuando era inspector escolar, e iba a la casilla y nunca decía por quién había votado —sabíamos que por el partido oficial— porque el voto era secreto.

Mi abuelo fue comunista justo en el momento en que llegaron órdenes de Josip Stalin de que él y sus compañeros

quemaran el carnet rojo para infiltrarse en el partido oficial, de reciente creación. No volvieron a llegar más órdenes y mi abuelo, desilusionado, no volvió a militar realmente en nada, aunque siempre apoyó al régimen porque ésas fueron las órdenes de Moscú y estaba convencido de ellas. Era su mayor secreto y se lo contó a Lulú antes de morir: tenía noventa y dos años, había nacido antes de la patria de los trabajadores y vivió un par de años más.

Recordé un 31 de diciembre en casa de la tía Arminda: el ruido del cristal cortado y el fulgor de la vajilla; el calor que irradiaba el horno de la cocina y el pavo relleno de carne, piñones y ciruelas pasas; el estruendo de las botellas de sidra al destaparse. Así es como me hubiera gustado imaginar el fin del mundo del que se hablaba tanto. Lulú se sintió indispuesta y mi padre fue por nuestros abrigos.

—No pueden irse todavía —dijo la tía Arminda—, esperen a que pasen los disparos, es peligroso, les puede tocar una bala perdida.

La tía Arminda era una mujer de cabello corto y pintado de color rojo. El tío Héctor era gerente de banco, un hombre generoso, de gran vientre, que moriría años después de un ataque al corazón. Sus hijos heredaron la prosperidad, estudiaron en el Tecnológico de Monterrey y emigraron a Estados Unidos.

A las doce se escucharon los revólveres y los rifles de caza. ¿Quiénes eran? ¿Qué clase de personas tenían armas y las disparaban? Nosotros éramos una familia pacífica y escuchamos con temor los disparos hasta que cedieron. Conforme pasaron los años y llegó la década de 1990 comenzamos a escuchar el ruido de armas automáticas y fusiles de asalto. En el camino de regreso me quedé dormido en el asiento

trasero debajo de una cobija, arrullado por las detonaciones del Safari Volkswagen. A la mañana siguiente no sabía cómo había llegado hasta mi cama, pero recuerdo con placer la sensación de que el mundo era un lugar acabado y seguro en el que transcurrirían mis días sin altibajos; de que nada abatiría esa tranquilidad. Afuera había guerras, decían los noticiarios que miraba Lulú cada noche frente a la máquina de coser: Nicaragua, El Salvador, Afganistán, Palestina, pero nada de eso irrumpiría en esa mañana fría y límpida de año nuevo. El desayuno estaba listo —hot cakes, leche, fruta—, Lulú y yo miramos el Desfile del Torneo de las Rosas en el televisor en blanco y negro.

Junior se bajó del coche, contempló sus botas manchadas de barro y escupió a un lado.

—Me estoy cagando de frío —dijo.

Pero yo sabía que quería decir otra cosa.

—Ya pasó —dije.

—No, no pasó.

Volvió a escupir.

—¿Te gustaba tanto Verónica?

—Ya ni sé.

—¿Entonces?

—Me pone a pensar.

—¿Qué?

—Que las muchachas se hubieran ido con nosotros si fuéramos narcos.

—Pero no lo somos.

—No.

II

No me dio la gana encender la calefacción y me dormí bajo un amasijo de mantas y abrigos. Cuando desperté lo primero que hice fue buscar el fajo con los quinientos dólares en el bolsillo del pantalón tirado en el suelo y apestado a orines. A oscuras y tiritando de frío, fui a la cama de mi madre, tomé el teléfono del buró y marqué el número de Rosalinda.

—¿Estás lista?

—Ya hice la maleta.

—Llego en veinte minutos.

El agua caliente terminó por bajarme la borrachera. Me pareció que el invierno era algo que ya había durado por siempre, que nunca habían existido ni el verano ni el otoño ni la primavera. Me puse los pantalones deportivos, los *jeans* y una sudadera bajo la camisa de franela y encima un suéter. La ropa que Lulú había lavado antes de irse aún no estaba seca y metí dos pares de calcetas al microondas. Encendí la cafetera, llené la jarra y puse el doble de café en el filtro. Dejé caer tres huevos en la sartén y puse cuatro rebanadas de pan blanco en el tostador. Les embarré abundante margarina y mermelada de fresa, comí los huevos de pie, tomé

dos tazas de café hirviendo y vertí el resto de la jarra en un termo. Tomé la Biblia Gideon y la abrí al azar: "Those who are wise shall shine like the brightness of the firmament, and those who turn many to righteousness like the stars forever and ever". Estas palabras no me dijeron nada. ¿Qué guía podía haber en un libro como ése, escrito por gente muerta hace mucho tiempo? No había pedido permiso para faltar al cine y lo más probable era que me despidieran, pero no me importaba.

Rosalinda salió con un abrigo de color gris que le llegaba hasta las pantorrillas, gorro de lana y una larga bufanda enrollada en la cabeza y el cuello. Cerró la puerta del coche con suavidad, la mirada puesta al frente. Tras una nube de vapor que se adhirió al parabrisas, dijo:

—Llegas tarde.

—¿Quieres café?

—No.

En la estación de gasolina abrí la tapa del motor para comprobar que el coche había tirado un litro de aceite en menos de una semana. Saqué de la cajuela una lata y la vacié en el motor con un embudo hecho con un pedazo de cartón. Todo lo demás estaba en orden: el nivel del agua, el aceite de la transmisión, el líquido de frenos y el aire de los neumáticos.

—Por favor, Fairmont, no me falles —murmuré.

Toqué en el cristal antibalas a un lado de los baños y un hombre, vestido con mono grasiento y una chaqueta de mezclilla forrada de lana, salió con las manos en los bolsillos.

—¿Van a Juárez?

—Al Paso.

—¿De compras?

Me hubiera gustado no tener que hablar y meterme en el coche, pero me pareció poco solidario bajo esa temperatura. La máquina marcó ceros y el tanque comenzó a llenarse. Sentía los pies helados debajo de las botas y me castañeteaban los dientes.

—Está duro este turno, ¿no? —dije.

—Me gusta estar aquí —dijo el hombre—, me gusta el frío, el aire de la carretera cuando amanece. Y así no peleo con mi esposa. Cuando llego en la mañana ella se va a trabajar, cuando despierto ella regresa, me prepara la comida y yo me tengo que ir. ¿Tú estás casado?

—No.

—Es bueno estar casado —dijo el hombre.

El paisaje lunar de la carretera comenzó a mostrarse bajo una tonalidad azul y luego rojiza. En sentido contrario la interminable procesión de camiones de carga. El café se terminó, faltaba una hora para Villa Ahumada, ahí podía tomar otra taza. Rosalinda seguía sin decir una sola palabra. Primero pensé que estaba dormida, luego la escuché revolverse en el asiento. No me atreví a encender la radio para no molestarla, aunque eso hubiera hecho el viaje más agradable.

Un año atrás me enamoré de ella, de sus brazos redondos y cabello rubio cenizo. Me alejé del grupo de amigos y caminé por la pendiente frente a una luna menguante que parecía flotar como un barco fantasma sobre las luces de la ciudad. Me gustaba la historia en los libros de texto de por qué había un conejo en la Luna. Cuando Quetzalcóatl, por causa de su rival, Tezcatlipoca, fue exiliado de la ciudad de Tollan, estaba hambriento y se encontró un conejo.

—¿Qué comes? —le preguntó.

—Pasto —respondió éste, y le ofreció un poco, pero el dios no podía comer eso.

Entonces el animalito ofreció su cuerpo para alimentar al dios y éste le dijo:

—Aunque no eres más que un conejo, la gente te recordará siempre —y lo puso en la Luna.

En las ilustraciones aparecía como un buen tipo, barbado, casi desnudo, como una especie de Jesús. Esa noche de octubre sentía el malestar que había sentido siempre dentro de mí y me alejaba de las personas, aunque las necesitara tanto.

Pensaba en el dios Quetzalcóatl cuando escuché los pasos detrás de mí. Era Rosalinda. La blusa abierta sobre unos hombros donde uno podía descansar la cabeza. Ella también se había alejado del grupo para estar sola, ver la ciudad y la luna; eso teníamos en común. Yo no era un buen estudiante, no tenía trabajo. Rosalinda era la mejor de su clase, estaba en el grupo de oración de la parroquia Santo Niño y había leído la Biblia al revés y al derecho, aunque nunca hablaba de eso.

—No fumes —dijo ella—, prométeme que vas a dejar de fumar.

—Sí.

Y en la carretera, al recordar esto, el sol ya era una epifanía que abarcaba la creación escueta del desierto. Rosalinda era lo único hermoso que yo había tenido en mi vida. Cuando me sonrió me compadecí de ella, como si la llevara a la piedra del sacrificio. Yo había leído, o tal vez me lo había contado Lulú —vamos, simplemente lo sabía—, sobre las doncellas sacrificadas a las bestias que asolaban los reinos. Me pareció que Rosalinda era una doncella, a pesar del abrigo

raído, del gorro de lana y la bufanda, de las capas de cebolla que era mi novia en invierno. Yo la había convencido de que lo mejor para los habitantes del reino era sacrificarla. Si seguíamos por esa recta, todo lo que había de hermoso en ella se perdería para siempre.

Cuando llegamos a Villa Ahumada me dijo que necesitaba ir al baño. Nos detuvimos al lado de un autobús cuyos pasajeros estiraban los pies junto a la puerta del restaurante; otros se aglomeraban frente a la caja y compraban algo para el camino. Sentí envidia del chofer sentado a la mesa del comedor, del hombre con pantalones marrones que se fumaba un cigarro de manera pensativa e inspeccionaba el horizonte. Me hubiera gustado ser cualquiera de ellos en ese momento. En la registradora una mujer me dio un vaso desechable con agua caliente, me señaló un tarro grande de café instantáneo sobre el mostrador y otro igual de azúcar, sin etiqueta. El sol brillaba sobre la fachada del lugar, pintada de blanco, y el azul celeste del autobús.

Cuando Rosalinda salió del baño el Fairmont encendió a la primera, de una manera suave, apropiada para el momento —era la señal—. Conduje despacio por la grava frente al restaurante y me metí a la carretera.

—¿Qué es esto? —dijo Rosalinda y señaló el revólver de Junior en la guantera.

—No es mío.

—¿De quién es?

—De Junior. Bueno, de la madre de Junior.

—No mientas.

—Claro que no.

—¿Por qué traes un arma?

—Junior la traía ayer y se la quité.

—¿Pero por qué?

—Porque es un idiota, y un loco.

—No podemos llevar esto aquí, ¿qué tal si nos detiene la policía?

—Pásamela —dije.

—No pienso tocarla.

Detuve el coche, abrí el tambor y arrojé las balas lo más lejos posible, luego el revólver.

—Tienes que prometerme que jamás usarás un arma

—dijo Rosalinda.

—Lo prometo.

No volvimos a hablar durante un buen tramo.

—Traje los doscientos dólares por si acaso —dijo Rosalinda.

—Yo tengo quinientos... —pensé en voz alta—. ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—No tenemos que hacerlo si tú no quieres.

—No quiero —dijo ella.

—Tenemos setecientos dólares, podemos ir a Amarillo.

—¿A qué?

—A casarnos —dije.

La idea no pareció agradaarle.

—Con setecientos dólares...

—Le pediré trabajo a mi primo.

—Estás loco —dijo Rosalinda en el tono de voz que parecía decir que no, que tal vez no estaba loco del todo.

Pronto llegaríamos al puente internacional, a El Paso, a la dirección apuntada en el papelito en mi cartera.

—¿Entonces?

—No puedo dejar sola a mi mamá.

—Cuando estemos bien instalados le puedes decir que venga con nosotros.

—Jamás me perdonará que me vaya así, sin avisar.

—¿Pero tú quieres?

—No, no quiero.

—¿Y el bebé? ¿No quieres tenerlo?

—Sí.

—¿Entonces?

—Pero no puedo. ¿Tú quieres que lo tenga?

—Sólo si tú quieres.

Vimos el letrero que nos decía que Juárez estaba a unos cuantos kilómetros, y más allá del río, la dirección apuntada en el papelito, la plancha de acero.

Algunas veces extraño aquellas noches carentes de significado, cuando las cosas eran simples: tomar cerveza, buscar mujeres y conducir por la ciudad. Tiempo después me fui de la ciudad, pero no a Amarillo, sino al Distrito Federal. Dirección equivocada, pienso algunas veces: mismo país. Conocí a una chica en la cafetería donde yo me sentaba a leer en compañía de un cigarro y un horrible café instantáneo en vaso desechable.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—*La vida está en otra parte* —me dijo.

—¿Es buena?

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Nina.

Me dijo que en unas semanas regresaría a la ciudad de México para retomar sus estudios en ciencias políticas en la UNAM. No usaba maquillaje ni perfume, vestía *jeans* y una blusa holgada, el cabello suelto, sobre los hombros, y era mayor que yo por cinco años. Nunca había conocido a una chica que leyera libros y que además viviera sola. Había dejado la casa de sus padres para viajar por el norte del país

y conocer sus raíces, me dijo. El lugar donde se hospedaba consistía en un cuarto con baño y cocina.

Meses después ella fue a buscarme a la central de autobuses del norte de la ciudad de México, adonde llegué con la maleta vieja, imitación piel, que había sido de mi padre. Estuvimos casados dos años. No fue sino hasta los veinticinco que aprobé con "muy bien" el examen para comprobar los conocimientos de educación media superior. Los psicólogos del dictamen final concluyeron que yo no era sociable y me pusieron "suficiente". Comencé a estudiar la carrera de historia en la UNAM y nunca me titulé. Me volví a casar y a divorciar otra vez. Fracasé como escritor. Conseguí un trabajo como corrector de estilo en una editorial que se dedica a publicar revistas. Voy a terapia una vez por semana. Debo veinte mil pesos en tarjetas de crédito, aunque mi vecino ochenta mil, según los avisos que llegan al buzón del edificio, al igual que a mí, con la cantidad subrayada en rojo.

La explosión anhelada que terminaría con el mundo nunca llegó. El 31 de diciembre de 1999 yo estaba en una reunión en la ciudad de México en casa de unos amigos, donde bailamos son cubano. El temor a la conflagración universal fue sustituido por sucedáneos menos verosímiles como el Y2K, el error del milenio, un problema en las computadoras que provocaría el desastre mundial: caería el internet, las bolsas de valores y volveríamos a la edad de piedra.

—¿Alguien quiere más vino? —dijo un gringo de unos cincuenta años, el novio de una amiga; tenía en la boca un cigarro y recorría la estancia con una botella de horripilante espumoso californiano en cada mano.

A las 11:59 comenzamos la cuenta regresiva. Cuando dieron las doce hubo un apagón: los cigarros permanecieron

encendidos en la oscuridad y lo único que podía escucharse era la respiración de los convidados y el ruido de las burbujas en las copas. Yo estaba lleno del júbilo que sólo pueden provocar el fin del mundo y una borrachera con blanco espumoso. Las luces se encendieron de nuevo, la gente siguió en el festejo, me sentí desilusionado y aliviado al mismo tiempo.

Al principio regresaba una o dos veces por año a la ciudad para ver a mi madre, luego una sola vez. Procuraba no ver a Junior, me encerraba en casa todo el día a ver televisión de paga y a reponer los kilos perdidos en cada divorcio. Me enteré de que al padre de Rosendo lo mataron, no sé cómo, pero mi amigo Arturo, el que me compró el radar, fue emboscado por dos vehículos en Juan Escutia, bajo el puente de Vallarta; los tripulantes portaban fusiles de asalto. La Browning 9 mm en la guantera no pudo servirle de mucho. Para entonces era conocido como *el Rey de la Coca* en varias de las colonias del norte de la ciudad.

Me contaron que Junior embarazó a una chica de dieciséis años que vivía en la esquina, se casó con ella y se convirtió a una secta protestante. Fue inevitable toparme con él y que me mostrara las fotos de cuando el pastor lo bautizó en el río, como el Bautista a Jesús; que me citara pasajes extensos de la Biblia y que yo, con impostada superioridad, pensara que al menos estaba leyendo un libro y por eso se mantendría alejado de los problemas. ¿Quién era yo para decir eso? Dos divorcios, una carrera sin terminar. Al principio a mi amigo le iba bien porque tenía habilidad para los trabajos de albañilería y las reparaciones; se llevó a vivir a la esposa a su casa, junto a su madre y su padrastro. El hijo se llamó Junior, como su padre; es decir: Junior Jr. La culpa de

las peleas, según los vecinos, era de la mujer, pues era muy caprichosa, hija única, y por eso cada tanto regresaba a casa de sus padres, y Junior la buscaba por las noches, borracho, a pesar de la promesa que le hizo al pastor de que ya no tomaría alcohol. A ella la vieron besarse con un tipo en un coche afuera de su casa, y luego con otro.

A finales de 2001, después de tomarnos unas cervezas, un amigo me dejó en casa de mi madre en su *pick up* Toyota, debían de ser poco más de las doce. Escuché un grito detrás de nosotros y vi a Junior apuntándonos con un fusil Kaláshnikov. Me bajé de la camioneta.

—¿Qué pasa, Junior?

—No se van a burlar de mí —dijo.

“Las armas las carga el diablo, pero las disparan los pendejos”, dicen en mi ciudad, un lugar donde abundan los pendejos, las armas y los diablos. Yo usaba la barba cerrada, tenía el cabello largo y Junior no me reconoció, sin contar que en su estado le era difícil reconocer cualquier cosa. No sólo estaba bebido sino que, me habían dicho, estaba muy enganchado con la cocaína. Me puse entre Junior y la camioneta, le dije al conductor de ésta que se fuera. Escuché detrás de mí el rechinado de las llantas al doblar la esquina. Creo que es lo más valiente que he hecho en mi vida sin orinarme.

—¿No te acuerdas de mí?, soy Elías.

—¿Elías? ¿Como el profeta?

—Sí.

—Elías —dijo, y me abrazó después de ponerse en bándolera el fusil—, ¿por qué andas vestido como joto?

Me contó que la camioneta se parecía mucho a la de un tipo que lo había molestado en repetidas ocasiones. Jaló

el cerrojo y plegó la culata del Kaláshnikov despostillado, fabricado en China, regalo de su padrastro. Éste le estaba buscando una plaza en la Judicial del estado, pero cada vez era más difícil porque desde que la oposición había llegado al poder estaban pidiendo personal con la preparatoria terminada.

—Muy bonita —dije, y desvié el cañón del arma.

—Ven, quiero presentarte a un amigo.

Yo estaba cansado, pero me sentía agradecido con él por haberme perdonado la vida y lo seguí hasta una cocina con la mesa cubierta de latas vacías de cerveza. Su padrastro estaba emplazado en Ciudad Juárez, junto con su madre. El tipo que me quería presentar era un rubio que no dijo nada en toda la noche y se dedicó a vaciar latas mientras se volvía más borroso. El refrigerador estaba lleno y lo vaciamos hasta que el cielo en la ventana comenzó a clarear.

—Oye, ¿dónde está tu amigo? —le pregunté.

—¿Cuál amigo?

—El que me presentaste.

—No sé de qué estás hablando.

La mujer que hizo el viaje en avión a la ciudad de México sentada junto a mí la pasó mal con mi olor a cerveza. No volví a ver a Junior hasta nueve años después, pero me enteré de que comenzó a ganar mucho dinero, desaparecía por breves lapsos de tiempo y nadie sabía en qué trabajaba. Arturo, el próximo rey de la coca, fue a buscarlo a casa de la familia política.

—¿Dónde está su yerno? —dijo y golpeó con un bat los faros del Datsun 1977 de don Manuel, suegro de Junior, un hombre jubilado.

—No sé, él y mi hija ya no están juntos.

—Pinche narquito de mierda —dijo Arturo—. Dígale que lo ando buscando.

Pero Junior estaba protegido por alguien de más arriba y Arturo no pudo tocarlo. Su trabajo era recoger camionetas en la sierra y llevarlas a un taller para ser desvalijadas. Algunas veces lo dejaban quedarse con una de ellas. La esposa se embarazó por segunda vez pero, ¿de quién?, se preguntaron los vecinos. A mi amigo no le importó, salió con otras mujeres.

—Traigo un Buchanan's en la troca —decía.

Se volvió una de sus frases recurrentes.

Salió a carretera con una mujer casada, mayor que él, en la *pick up* que estaba estrenando. Después de la coca, la cerveza y la botella de Buchanan's 18 años para ocasiones especiales, se volcó en esa larga recta de doble carril que era la autopista a Aldama, donde nadie en su sano juicio podía tener un accidente. Mi amigo sobrevivió, la mujer no. Aunque el padrastro intentó hacer algo por él, estaba más allá de sus posibilidades y Junior fue internado en el Centro de Readaptación Social, mejor conocido como Cereso, bajo el cargo de homicidio culposo; la condena fue de ocho años.

Llegó al Cereso un famoso productor de música, extraditado desde Brasil, que había abusado de muchas menores de edad a cambio de la fama, y formó una orquesta y un coro con internos del lugar. Junior resultó tener voz de barítono y actuó, junto con sus compañeros, frente a varios funcionarios en visitas oficiales y salió en los periódicos. Por esto y por su buena conducta fue liberado a la mitad de su condena. Regresó al rebaño y prometió no volver a ingerir alcohol.

En agosto de 2010 me quedé unos días en casa de mi madre. El barrio de interés social había cambiado mucho,

era muy difícil encontrar estacionamiento; los constructores que proyectaron la obra a finales de la década de 1970 jamás pensaron que llegaría el momento en que desaparecerían las familias de clase obrera, o bien, éstas tendrían la posibilidad de comprar uno o dos autos usados. Por las noches se escuchaban los disparos de los fusiles de asalto. Los jóvenes de las colonias marginadas, transformados en sicarios, con el cabello cortado a cepillo, patrullaban el territorio montados en camionetas *pick up*. En la ciudad cada día había cinco o seis muertos. Si la recorrías de sur a norte era probable encontrarte con la tira amarilla de plástico como signo inequívoco de que alguien había sido ejecutado en ese lugar. Me enteré de que Rosendo había seguido el camino de su padre: un día fue secuestrado por hombres armados, vestidos con pasamontañas y trajes militares y nunca nadie lo volvió a ver. Me daba miedo la posibilidad de encontrarme en medio de un tiroteo. En una misma tarde, en diferentes puntos de la ciudad, ejecutaron a unos hombres que se pararon a cargar gasolina, a un mecánico, a dos empleados de un autolavado del Periférico.

—Deberías venirte a vivir conmigo a México —le dije a Lulú.

—Pero el D. F. es muy peligroso.

A principios de ese año hombres armados entraron en un centro cristiano, mataron a doce drogadictos rehabilitados, dejaron unos carteles con mensajes escritos a mano y con faltas de ortografía. De igual forma ocurrió en el Old West, donde Junior y yo conocimos a Candy y a Verónica. Un comando disparó contra la barra y el lugar donde estaba el conjunto musical: diez muertos.

—Se están matando entre ellos —dijo mi padre.

Pero había extorsiones, secuestros, asaltos al por mayor, te bajaban del auto a mano armada en los semáforos. Después de ver muchos cercos policiacos me sumergí en el clima de histeria general y decidí no demorar el regreso a la ciudad de México. La noche antes de partir me encontré a Junior en la calle con una gabardina negra impecable, botas del mismo color. El cabello muy corto y el bigote bien recortado hacían resaltar sus ojos verdes.

—¿Quieres una cerveza? —le dije.

—Gracias, no tomo.

—También tengo Coca Cola.

Nos sentamos en la sala de mi madre con la puerta abierta. Una camioneta pasó por la calle vacía, a toda velocidad.

—Me dijeron que estuviste en el Cereso.

—Sí.

—¿Y cómo fue? —pregunté, sin pensar.

En realidad no quería saber.

—¿Recuerdas esa noche en que estuve a punto de matar a Rosendo?

—Sí, también recuerdo la noche que estuviste a punto de matarme a mí.

Junior sonrió. ¿Había ganado en experiencia lo que yo no? ¿Era más sabio? Las arrugas en las sienes le sentaban bien, era un hombre guapo en sus treinta y tantos años.

III HOMBRE QUE CAE

I

—Elías, tienes que encender el televisor —sonó el teléfono: era Nina—. Un avión se estrelló contra las Torres Gemelas.

Desperté del sueño con el deseo de estar en cualquier otra parte que en este departamento: el escritorio, el librero y la computadora, nada más; yo dormía sobre un colchón en el suelo.

—Parece que fue un ataque terrorista.

Era bajo por parte de Nina utilizar esa clase de recursos para llamar mi atención puesto que la tenía de todas formas. Meses atrás nos habíamos separado, aunque los papeles de divorcio aún estaban en proceso, y si ella me hubiera pedido volver, yo no lo habría dudado ni un segundo. No, ahora lo recuerdo: yo odiaba a Nina, estaba resentido con ella, por su culpa padecía gastritis a mis veintitantos años. ¿Y qué era aquello de que encendiera el televisor si ella se había quedado con él?

Aclaré un poco la voz y le dije:

—Nina, deja de estar chingando.

Bueno, lo pensé, no lo dije. Debí desembarazarme de la llamada de una manera más civilizada. Mi odio era verde y hermoso como un grano de café. Había que dejarlo

madurar, importarlo, tostarlo y molerlo; degustarlo algún día con calma, en un exprés, con un terrón de azúcar, una apacible mañana frente a la plaza soleada de la venganza.

La cocina tenía un empapelado rosa con figuras de hortalezas que nunca pude quitar: zanahorias, tomates y algo que pretendía ser un apio. Sin agua caliente, me consolaba con el recuerdo de la historia que mi padre me contaba cuando yo era niño: cómo el secretario Mao Zedong se bañaba con agua fría cada mañana, en verano o en invierno, y por eso había logrado derrotar a los nacionalistas e instaurar el comunismo en China. Me gustaba pensar que si yo no tenía gas no era por falta de dinero sino por decisión propia: yo era espartano, un Robespierre.

Las veces que Lulú estaba de viaje o salía tarde del trabajo, me encontraba a mi padre frente a la estufa, al llegar de la escuela. Preparaba carne, ensalada y su famoso arroz a la mexicana con tomate, cebolla, ajo y chícharos, cuyo secreto se basaba en ser meticuloso con los tiempos y las porciones. De manera inexorable me contaba la historia de cómo los guerrilleros del Vietcong habían ganado la guerra con un puñado de arroz al día, como para ejemplificar lo poco que necesita un ser humano para realizar grandes proezas. Los yanquis, decía, cargaban gigantescas mochilas con papas fritas, chocolates, cigarros, Coca Cola; por eso perdieron la guerra.

Cuando comíamos él y yo, preparaba un puñado de arroz para cada uno.

—La medida vietnamita —decía.

Yo me quedaba con la sensación de vacío en el estómago, pero, ¿quién era yo para exigir una ración más generosa que la de un guerrillero del Vietcong?

Con el agua fría en la cabeza le di vueltas a la ocurrencia de un ataque terrorista a las Torres Gemelas, y llegué a la conclusión de que Nina en realidad carecía de sentido del humor para inventar algo así, sólo veía la selección oficial de Cannes, no películas norteamericanas.

Que se joda Nina, pensé, que se joda el presidente Mao y el Vietcong.

Salí del baño entre un estornudo y otro (el agua de la ciudad de México es muy insalubre), y me pasé la toalla por el cuerpo. Me vestí como pude y salí a la calle, no sin antes darle un trago a la botella de leche de magnesia.

En apariencia, era un día normal en la avenida Obrero Mundial: el tráfico, el puesto de tacos de la esquina, el nauseabundo olor de la moronga, la oficina de servicio postal. Fui hasta la fonda de la esquina, pedí un café, huevos revueltos con jamón y le dije a la dependienta:

—Encienda el televisor.

Ahí estaban las primeras imágenes de un avión que se estrella contra una de las Torres Gemelas. Los locutores de la televisión decían una y otra vez las mismas tonterías y, sin saber por qué, tuve miedo. No pude terminar mis huevos y regresé al departamento donde me fumé un cigarro en la ventana hasta que volvió a sonar el teléfono.

—¿Ya viste? —preguntó Nina.

—Sí.

Se escuchó el aullido de una sirena.

—Es el fin del mundo —me dijo.

La voz del otro lado de la línea parecía frágil. Pensé en el cuerpo de Nina, en sus hombros redondos, sus ojos grandes de mosaico bizantino. Mi odio hacia ella comenzó a hacer el regreso a la semilla: el grano de café se abrió y se convirtió

en una flor, se cerró en un capullo y luego en el minúsculo muñón de una rama que descendió a la humedad primordial.

—¿Qué haces esta noche? —le pregunté.

—Hay que vernos —dijo ella—, voy a tu casa.

En la ventana, frente a mí, había una pared de ladrillos. Arriba podían verse las jaulas para secar la ropa, las antenas de televisión y el irrefutable cielo gris de la ciudad de México, del que ni siquiera valía la pena quejarse. Los pocos rayos de luz que lograban llegar eran procesados de todas las maneras posibles, y cuando tocaban el piso de madera ya eran incapaces de dar calor, o consuelo, una idea luminosa. Pero me gustaba, era como si yo siempre hubiera deseado tener una pared de ladrillos frente a mi ventana; estar frente a la posibilidad clausurada, pero latente, detrás de la argamasa y los trozos de alambre que sobresalen de la estructura de concreto.

Eran las doce cuando Ramona llamó a la puerta. Yo le había dado llave del exterior porque no había interfón en el edificio; la del departamento no la quiso aceptar porque era demasiado compromiso, me dijo. Venía un par de veces a la semana a mi casa a fumar marihuana porque su padre no la dejaba en la suya.

—¿Ya supiste? —me preguntó—. Es el fin del mundo. Bien merecido que se lo tienen esos gringos, qué lástima que no tengas televisor.

De manera invariable llegaba aquel silencio incómodo entre ella y yo.

—Guerra —dijo.

—¿Perdón?

—Lo que sigue es una guerra.

—Ajá.

—La tercera guerra mundial.

Se sentó en el escritorio, junto a la computadora, y comenzó a liar un cigarro con ese gesto de niño que gasta sus crayones nuevos en el piso. El color de sus mejillas me hacía pensar en una estampa bucólica; imaginaba su cuerpo sugerido por un vestido de gasa. Su piel era tersa, pegajosa y amarga. Encendió el cigarro y me dijo:

—Pon música.

Cogió unas hojas del escritorio y las leyó en voz alta. Eran parte del libro de historias que escribía gracias a una beca del Centro Mexicano de Escritores. Cada miércoles seis jóvenes promesas de la literatura mexicana nos sentábamos a la mesa donde estuvieron Rulfo, Arreola, Fuentes, todos los héroes de la literatura que nos dieron patria, y discutíamos nuestro trabajo.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Es demasiado escueto, pero está bien, creo que deberías de ir a psicoanálisis.

Ramona no paraba de hablar y era difícil seguirla. Me contó que había decidido estudiar antropología porque cuando veía gente pobre en la calle pensaba que era necesario ayudarlos, sobre todo a los indígenas, y los niños indígenas que tocan el acordeón en el metro. No podía soportarlo. Algún día tendría que salir de su casa, viajar, pensaba ir a Europa, deseaba mudarse a su propio departamento. Era su primer semestre en la escuela después de dos años de vagar por el mundo, de escaparse de su casa y de regresar, después de años de terapia para superar todos aquellos conflictos con su padre.

Había una serie de códigos en la cháchara y la expresión corporal de Ramona que yo nunca podría descifrar, era

angustiante. Quería tomarla ahí mismo, pero consideraba prudente que ella tomara la iniciativa. Un paso en falso y Ramona se desvanecería en el aire como un dios chino que toca la flauta sobre una nube. Yo me sentía un gran sapo infecto sobre una piedra en espera de saltar para depredar o ser depredado. Había que esperar, esperar, esperar, esperar, esperar entre tanta palabra; mirar sus brazos sacudirse; sus tersos brazos. Y el milagro ocurría: Ramona descendía sobre mí y comenzaba a balancearse, sus dientecillos dejaban marcas indelebles en mis hombros. No mordía a intervalos, sino de una manera directa y constante.

—Tengo condones —me dijo—, están en mi pantalón.

Le era muy difícil terminar, pero conmigo podía hacerlo, no debido a mis habilidades, sino a que yo representaba algo en esa maraña de signos que era el mundo. La piedra de Rosetta era la intrincada mente de Ramona saturada de alcaloides, teorías antropológicas del siglo pasado tomadas de fotocopias, sentimientos oceánicos y humanitarios, pro indigenistas. La mente de Ramona era difícil de sintonizar por completo, sin cierto disgusto, como un canal de televisión público en donde pasan una película húngara de la época socialista, pero no hay nada mejor que ver.

Ramona invertía los papeles clásicos que el patriarcado nos había dado al hombre y la mujer, después del coito se volvía esquiva como un macho al que no le gusta besar y mostrarse vulnerable. A mí me daban ganas de llorar.

—Tengo que irme —dijo.

Me quedé un rato tirado, con los pantalones en las rodillas. Aunque el edificio parecía estar en silencio, con el oído pegado al colchón pude escuchar el ruido de un televisor y luego otro; ruido de voces que repetían el mismo balbuceo coral.

2

La ciudad era la misma, pero había una especie de postración debajo de la superficie. Fui al restaurante chino donde, para esa hora, las imágenes de lo que sería llamado 9/11 (la obsesión gringa por abreviar hasta las tragedias nacionales), ya eran más, pero siempre estaban las que se repetían una y otra vez: las del primer y el segundo impacto. Había sido confirmado, decían los locutores: se trataba de un ataque perpetrado por un grupo fundamentalista islámico. Hubo un tercer y cuarto avión: el tercero destruyó un ala del Pentágono, el cuarto fue derribado en Campo David, antes de que alcanzara la Casa Blanca.

Pedí un pollo en salsa agridulce y res estilo cantonés.

En Palestina la gente salió a disparar al aire con sus fusiles, como si fuera el año nuevo en mi ciudad. Las dos torres fueron borradas del mapa en medio de una tormenta de polvo. Una imagen fue la que más perduraría en mi mente: un hombre prefiere saltar al vacío antes que ser abrazado por el fuego, y cae una y otra vez en la pantalla del televisor.

Sonó mi celular. Era Ruiz Cortés.

—Elías —me dijo—, estamos en el bar de siempre.

Miré el reloj: eran las cuatro de la tarde. Tendría que haber trabajado en mi libro por la mañana. ¿Qué sentido tiene?, pensé.

—Bien merecido que se lo tienen —dijo Ruiz Cortés, con la botella de cerveza en la mano.

Ahí estaban *el Catiri* Sepúlveda y Olallo Ramírez, mejor conocido como *el Jamer Rojo*. Nos encontrábamos en el bar de avenida Cuauhtémoc y Torres Adalid donde Ruiz Cortés había instalado su oficina, como él decía. Lo conocí en ese lugar un día que entré para guarecerme de la lluvia, pedí una cerveza y me puse a mirar sin interés un partido de fútbol. En una esquina del bar había un hombre de aspecto lobuno, ancho de espaldas: le faltaban los dientes frontales. Me recordó al retrato de Mijaíl Bakunin que mi padre colgó en la pared del estudio luego de renegar del marxismo y abrazar el anarquismo de una manera poco congruente.

—Tú —me dijo el hombre barbado.

Me pareció uno de esos borrachos que buscan un poco de conversación.

—Yo sé que eres uno de los nuestros —me dijo.

—¿Me estás hablando a mí?

—Eres un pañal rojo.

—¿Qué es un pañal rojo?

—Así se les llama a los hijos de los comunistas.

—¿Cómo lo sabes?

—El aire de familia.

El lugar me gustó porque estaba casi siempre vacío, limpio, y comencé a frecuentarlo. Me volví parte del grupo de Ruiz Cortés, conformado principalmente por náufragos del comunismo y la guerrilla que se hacían llamar socialdemó-

cratas en una retirada táctica al clóset de las ideologías. Un día le hablé a Nina de Ruiz Cortés y me dijo:

—Es amigo de mi padre.

—¿Qué te parece?

—Siempre me dio miedo.

Cuando Ruiz Cortés estaba borracho cantaba la siguiente canción:

Quiero morir como nací, sabedlo:
puro, sencillo y optimista.
De pie sobre la tierra como un árbol:
en las filas del Partido Comunista.

A principios de la década de 1980, mientras yo miraba el televisor al lado de mi madre, pensando que la guerra era algo distante, Ruiz Cortés llegó a Nicaragua para la campaña de alfabetización, y fue por azares de la historia que terminó como miliciano, con un FAL colgado al hombro, en una aldea al norte del país.

La Contra, financiada por Ronald Reagan como parte de su programa de guerra de baja intensidad, atacaba por las noches la escuela de la aldea, el dispensario; mataba gallinas y otros animales domésticos. Era una guerra de desgaste para desmoralizar al enemigo. En una ocasión los milicianos tuvieron que pasar a la ofensiva, se internaron en la selva, pero fueron detenidos durante un par de días frente a un claro. Del otro lado, camuflado entre los árboles, un francotirador les causó muchas bajas con un rifle calibre 50. El claro era tan grande que el hijo de puta estaba más allá del rango de mortero. Ruiz Cortés vio a muchos de sus compañeros ser destrozados por la mitad como si fueran sandías, y llegó a dudar, me dijo, de que la sombra agazapada entre los árboles fuera un ser humano. ¿Quién era capaz de matar tantas personas, de manera tan cobarde, con tal

sangre fría? No un hombre engendrado por una mujer, que comía y respiraba, como él y sus compañeros. Mi amigo era desertor del seminario, como muchos comunistas, y por un momento llegó a pensar que estaban frente al Adversario.

Ante la gravedad de la situación lo mandaron a ver a dos especialistas. *El Jamer* y *el Catiri* habían sido voluntarios desde el Frente Sur antes de la toma de Managua. *El Jamer* era argentino (de formación trotskista), había militado en el Ejército Revolucionario del Pueblo; y *el Catiri* —que era muy moreno, casi negro—, de Venezuela, el único lugar de América donde el Partido Comunista se había propuesto, sin éxito, tomar el poder por medio de la lucha armada. Colocaron en un trípode, frente al claro, un gran fusil de fabricación soviética, muy avanzado, con mira telescópica, y el equivalente del Pacto de Varsovia al calibre 50. Junto a ellos venía un niño de catorce años, famoso en todo el frente por su labor como payaso; éste era el nombre dado a los que se prestaban como blanco al correr de un lado a otro para que el francotirador, al abrir fuego, delatara su presencia.

—Corre, carajillo —dijo *el Catiri*.

El payaso corrió en zigzag frente al claro entre los árboles. Era pequeño y rápido, un blanco muy difícil. Cargaba algunas cantimploras para que el enemigo pensara que iba por agua. Un disparo destrozó gran parte de un tronco a unos centímetros del muchacho.

—Te tengo —dijo *el Catiri*, y accionó el fusil.

Ruiz Cortés observó por medio de sus prismáticos cómo se agitaron las hojas de los árboles al otro lado. ¿Habían dado en el blanco? *El Catiri* estaba completamente seguro, aun así mi amigo no dio la orden de moverse.

—Coño, te digo que le di —dijo *el Catiri*.

Para demostrarlo encendió un cigarro cubano y caminó hasta el claro, el aire se llenó del agradable olor a tabaco que no habían podido fumar durante días para no perder la cabeza.

—Vamos a ver —dijo Ruiz Cortés.

Atravesaron el claro en silencio, pasaba de la media tarde y la selva frente a ellos comenzaba a llenarse de tonalidades oscuras. Se encontraron el cuerpo de un mercenario, sin insignias, negro (aún más que *el Catiri*) y musculoso, el hombre más grande que Ruiz Cortés había visto: en su cartera llevaba una licencia de conducir del estado de Oregon y mil dólares en billetes de cien. ¿Para qué necesitaba tanto dinero allá en la selva? ¿Por qué se había quedado solo? Sus raciones de alimentos ya se habían terminado. En la mano tenía una alianza de oro que un miliciano le quitó de un machetazo. Así fue como mi amigo se cercioró de que había sido un hombre, engendrado de madre, incluso casado, nacido en Oregon, el que había matado a tantos de sus compañeros, y así fue como desechó de una vez por todas cualquier noción del mal como algo abstracto o metafísico.

—Una cucaracha yanqui —dijo *el Jamer*, y escupió—, hay más de donde vino ésta.

Ruiz Cortés miró a su alrededor: la selva, el griterío de pájaros, monos y otras alimañas. ¿Qué diablos estaba haciendo en aquel lugar? Cuando obligaron a la milicia a constituirse como ejército regular, desertó y tuvo que dejar ilegalmente el país y hacer el recorrido por tierra hasta la ciudad de México, sin pasaporte. Odiaba a los yanquis, había matado algunos; éstos y sus aliados contras le habían matado amigos; pero también había terminado por odiar a los sandinistas y a los cubanos por vender la revolución.

Y casi veinte años después, en un bar de la colonia Narvarte, donde el dueño le fiaba porque también había sido miembro del Partido Comunista, Ruiz Cortés, de barba encanecida, licantrópo, con una cerveza caliente en la mano, miró caer en la pantalla a un yanqui desde una altura de cuatrocientos metros en el Lower Manhattan. La imagen se reflejó en el cristal de sus gafas.

—Qué pendejadas —dijo.

El Catiri, quien por lo general respiraba de una manera audible, como si acabara de correr veinte kilómetros, y aun así no dejaba de fumar, estaba en completo silencio.

La imagen del hombre que cae como un muñeco volvió a repetirse.

El Jamer Rojo, que se había ganado su apodo en el Frente Sur gracias a comentarios radicales al estilo de “hay que fusilarlos a todos”, que nunca había fusilado a nadie, que no se cansaba de hablar de la hija francesa que no había visto en años, se dedicaba a refunfuñar palabras ininteligibles.

4

Nina esperaba bajo la lámpara del frente con los brazos cruzados, el cabello recogido en una coleta, con un traje a rayas de Zara, ajustado de la cintura; una mujer muy diferente de aquella chica que conocí en una cafetería, vestida de manera holgada y con un libro de Milan Kundera. El colorete escarlata pudo haber sido de mal gusto en cualquier otra mujer, pero le quedaba bien con el tono de piel trigueño y las pecas en las mejillas.

—Compré un auto nuevo —me dijo.

Era un compacto, Nissan, de color gris, aún no tenía placas. Había vendido el auto viejo para completar el enganche. Ahora tenía un buen trabajo en el gobierno de la ciudad, supuestamente de izquierda. El olor del dinero es repugnante, el de un automóvil nuevo es sublime, pero hace falta tener dinero para comprar uno.

—¿Qué opinas?

—Es precioso —dije.

Las luces del tablero se iluminaron. El motor encendió a la primera y sonaba realmente bien, de una manera suave. Nina estaba feliz y no podía ocultarlo.

—Por fin un auto que no me va a dejar tirada —dijo.

Cuando era niña, me contó una vez, su mayor deseo era que su padre tuviera un automóvil nuevo. Los domingos salían a pasear en familia y era inevitable que el Volkswagen sedán familiar se apagara cuando el semáforo cambiaba a verde. Los conductores detrás tocaban el claxon, enfurecidos, mientras el padre de Nina se bajaba a abrir la tapa del motor y manipular algo en el carburador: una pequeña lámina que se quedaba pegada e interrumpía el paso de la gasolina. Cuando era un desperfecto en la marcha, Nina, sus hermanas y su padre tenían que empujar el coche unos metros, con la madre sentada en el volante. Lo peor que podía pasar era que se detuviera en el Periférico y no volviera a encender de ninguna forma. Su padre intentaba manipular algo en el motor con el método de ensayo y error, entre bocinazos y automóviles que circulaban a alta velocidad.

Nina debió ser una adolescente cuando gastó sus ahorros en unas botas a la moda, como las que usaba Julia Roberts en *Pretty Woman*. El domingo que fue con su familia a Villa Coapa se vistió con sus mejores ropas: una falda y una chaqueta de mezclilla, ambas deslavadas; y aplicó medio bote de laca en aerosol a su cabello.

Le gustaba Coapa, el mundo estaba lleno de cosas nuevas y diferentes: ropa, zapatos, aparatos electrónicos y comida rápida. Le gustaban los muchachos de Coapa, vestidos a la moda, con pantalones ajustados. Le gustaban las casas de Coapa, la manera como *ellos* vivían, cómo todo parecía estar en orden y limpio; aparadores, autos nuevos, pisos relucientes; el ruido de fondo del centro comercial, nada que ver con Chalco, el lugar donde vivía con su familia.

Sus padres estaban de buen humor y pidieron el paquete familiar en Kentucky Fried Chicken (nunca comían afuera).

Por primera vez Nina sintió que los muchachos de Coapa se fijaban en ella y no podía dejar de mirar en el reflejo de los escaparates sus botas, hasta las rodillas, como de mosquetero, y aspirar el aroma de la piel nueva.

Cuando salieron a Canal de Miramontes el auto se detuvo en la esquina de Calzada del Hueso. El día había sido tan perfecto que Nina tuvo la esperanza de que no fallara. Los bocinazos no se hicieron esperar. Quedaba la esperanza de que el automóvil arrancara cuando su padre despegara la lámina del carburador. Alguien gritó:

—¡Pendejo!

Cuando el coche no arrancó, Nina supo que su madre se pondría en el asiento del conductor y ella y sus hermanas tendrían que empujar.

—No voy a bajarme —dijo.

—¡Bájate inmediatamente! —gritó su madre.

Y Nina la odió por gorda y pesada, y por tener que empujarla también, por Canal de Miramontes, expuesta a la mirada de todos aquellos engreídos en sus automóviles nuevos, un domingo por la tarde, en verano, el día que estrenó sus botas como las de Julia Roberts en *Pretty Woman* y se vistió con sus mejores ropas y los muchachos de Coapa la miraron como se mira a uno de *ellos*.

Resultó que el padre de Nina y el mío eran amigos desde la juventud, ambos militaban en el Partido Comunista. Cuando mi madre se enteró de que estaba por casarme con Nina me dijo que era lógico que, en un país como México, con una izquierda tan pequeña, la única manera de que ésta creciera fuera por medio de la reproducción sexual. Era una especie de endogamia.

Cuando el Partido Comunista desapareció, mi suegro militó en el sucedáneo siguiente, cada vez más indefinido desde el punto de vista ideológico. No tenía ambiciones, no quería ser diputado, como muchos de sus compañeros de generación, o tener un gran puesto en los partidos o en las administraciones. Se dedicó a hacer lo que mejor sabía: organizar, convocar reuniones, mítines, escribir discursos, asesorar a grandes personalidades, ser planta de sombra, recorrer el país montado en los peores autos. Aficionado hasta el final a los libros, escribió poemas, cuentos, una novela que nunca se publicó y que me dio a leer. Aunque había perdido un pulmón después del accidente que lo mantuvo meses en el hospital, fumaba conmigo uno de mis cigarros cubanos de vez en cuando. Era una figura enjuta, de cabello

corto y gris, barba de cuatro días, pantalones de mezclilla, camisa y botas vaqueras. Nunca se enriqueció, mientras los que decían que eran de izquierda se forraban de billetes en la fiebre del oro de la democracia.

Murió en la carretera de Culiacán a Guamúchil al rebasar un tráiler, según dicen. No calculó que se trataba de un doble remolque y no llegó al otro lado: un camión en sentido contrario se lo impidió. Mi suegro era un buen piloto, toda su vida recorrió el país por las peores carreteras federales, no le gustaba pagar el peaje de las autopistas. Me parece que el auto no estaba en buenas condiciones y no dio la aceleración necesaria para llegar al otro lado: la maldición de los autos usados. No fui al funeral, la separación con Nina era reciente. Los amigos en la ciudad de México, entre ellos Ruiz Cortés, *el Catiri* y *el Jamer Rojo*, le hicieron un homenaje, y pusieron una bandera roja sobre la caja (a pesar de que dijo tantas veces que se declaraba socialdemócrata) y seguramente le cantaron "La internacional".

El departamento donde vivimos Nina y yo era amplio y tenía una terraza donde poníamos un colchón en el verano. Hacíamos el amor durante la madrugada, y una vez vimos los fuegos artificiales el día de la Independencia.

Hicimos fiestas, leímos libros, el periódico, organizamos reuniones políticas, peleamos, lloramos, nos quejamos de lo injusta que era la vida con nosotros, nos miramos con extrañeza, escuchamos música, hablamos de tener un gato, tomamos vino (barato, costoso, francés, español, chileno, australiano, mexicano) y guardamos las botellas como trofeo, bebimos cerveza, whisky, nuestras finanzas quebraron, experimentamos con nuevas recetas de cocina, nuevos aderezos para ensalada, nos contamos los momentos significativos de nuestras vidas. Hicimos el amor a todas horas y en todas partes, en los departamentos de los amigos, en medio de una fiesta nos encerrábamos en el cuarto de los abrigos, o en el baño, o lo hicimos en el pasillo solitario que daba al estacionamiento.

Un día despertamos y nos dimos cuenta de que no teníamos nada que hacer juntos. Ella tenía treinta años, yo veinticinco. Ella quería tener un hijo, una familia; yo no quería cambiar pañales y no tenía nada que ofrecer, no podía decir

que estaba destinado para cosas más grandes. A pesar del deseo que sentíamos el uno por el otro, algo que se consideraba sano en una pareja, las cosas estaban mal, no estábamos satisfechos.

Cuando Nina llegaba del trabajo, yo reconocía sus pasos en la escalera como un perro o un gato los de su amo. Pasamos tanto tiempo juntos en la cama, despiertos, de madrugada, entrelazados, en silencio, mirándonos como idiotas, embromándonos, mordiéndonos, diciendo estupideces, imitando nuestras voces, poniendo en nuestras bocas frases absurdas y obscenas, mientras la lógica de la historia seguía rotando de manera implacable; mientras los terroristas que abordaron en Boston el vuelo once de American Airlines con destino a Los Ángeles tomaban clases de aviación en Florida. El mundo estaba por terminar siempre, a pesar de que era un nuevo siglo, un nuevo milenio, una nueva era, y había tantas cosas que hacer. Éramos como dos hermanos incestuosos, temerosos de la orfandad. Lo que yo quería Nina tampoco podía dármelo, nadie.

Abrí las cortinas: ahí estaba la pared de ladrillos, algo que no podía ofrecerle a Nina, decirle “toma mi pared de ladrillos”, ni explicarle por qué me gustaba, qué significaba.

—¿Quieres una copa de vino? —le pregunté.

Ella asintió con la cabeza. En el refrigerador (por fin había logrado mi sueño de tener uno pequeño) había una botella abierta y serví lo que quedaba en dos vasos.

—Es terrible lo que pasó —dijo Nina.

Mientras todo en mi vida durante los últimos meses era húmedo, anguloso y hostil, los hombros de Nina eran redondos y suaves, tibios. La imagen de los aviones que chocan contra el cristal y el acero, y derrumban el doble símbolo fálico de las Torres Gemelas, venía una y otra vez a mi mente. Queríamos hablar de lo ocurrido, pero cualquier cosa que se dijera podría ser un lugar común, como las frases en los funerales o en los programas televisivos de análisis político que a ella le gustaba mirar. El silencio entre ella y yo flotaba, espeso, lleno de un significado confuso.

—Es terrible —dije.

Nina pasó la mirada por el lugar, yo no había tenido tiempo de arreglar la cama desde que Ramona se había ido. Estábamos frente al oscuro paisaje de ladrillos.

—Se siente un poco encerrado este lugar —dijo.

—Vamos a la azotea.

Entre las jaulas de ropa, los lavaderos y las antenas de televisión se podía adivinar en la bruma el World Trade Center de la ciudad de México, mucho más humilde que su homólogo neoyorquino. ¿Caerían todos los World Trade Center del mundo? ¿Estábamos ante el inicio de una nueva era en que tipos como Ruiz Cortés, *el Jamer Rojo* y *el Catiri* serían aún más obsoletos? ¿Y no era ya obsoleta nuestra generación? ¿Seguiría cayendo una y otra vez el hombre en el televisor de nuestra memoria? Nina se abotonó el abrigo hasta el cuello y tomó un trago de vino.

—Quién iba a pensarlo —dijo.

También estaba la torre de Mexicana y los edificios alrededor de Insurgentes. Me pareció vital abrazar a Nina y decirle que todo iba a estar bien, aun cuando yo era el que necesitaba el abrazo y obtener de ella la señal de que todo iba a estar bien; que llegaríamos a ser adultos de verdad algún día; que llegaríamos a viejos; que triunfaríamos en la vida (lo que esto significara), juntos o separados, cerca, lejos, de cualquier manera. Éramos como Hansel y Gretel, tomados de la mano frente a la oscuridad del bosque. Supe que nunca podría encontrar en Nina la paz interior.

Oh, sí, yo quería paz interior.

—¿Por qué no regresas a la casa? —dijo.

—Sí —contesté.

IV MOLOCH

I

No sé por qué siempre me gustaron las centrales de autobuses: el olor a desinfectante barato y a orines; el hombre escuálido que pasa con dificultad la pulidora sobre el piso de imitación mármol; el letrero de prohibido fumar cada cinco metros, junto a la puerta de cristal que da al exterior, donde un hombre solitario de pantalones marrones fuma un cigarro de manera reflexiva frente al paisaje desértico de una ciudad del norte, el cual se extiende más allá de las incipientes construcciones junto a la carretera, luminoso y desolador.

Viejos ensombrerados, con cajas de cartón, a manera de equipaje, esperan con estoicismo el autobús; hombres morenos de rostro agrietado y ojos enrojecidos, de manos fuertes y nudillos brillantes que huelen a tabaco de mala calidad y a sudor; la familia indígena compuesta por dos mujeres y niños mugrientos junto a más cajas de cartón; mestizas gordas, de rostros como tortillas de maíz, con maletas tres veces más grandes que ellas. Me gustan esas mujeres, sus ojos negros y pequeños.

Yo había perdido el vuelo esa mañana, tenía que estar al día siguiente en la ciudad de México y tomé un taxi del

aeropuerto a la central de autobuses. Hacía años que no recorría las veinte horas de viaje por carretera frente a una pantalla donde pasan una tras otra películas norteamericanas, que, dobladas al español, son irritantes:

—Vamos, Kate, ¿qué tiene de malo que venga una hora tarde por los niños?

Diez años antes había paz y uno podía quejarse de las circunstancias; del estado de los baños en las centrales de autobuses; de la mala comida de los restaurantes de carretera; del café instantáneo en vaso desechable; de la conversación del pasajero de al lado; de las ciudades y los pueblos horripilantes que uno atravesaba; del letrero que decía “inspección de ganado” donde el autobús se detenía y uno podía fumar un cigarro y estirar los pies en plena madrugada, la temperatura bajo cero; del hijo de puta que había orinado por todo el asiento del retrete y el piso del baño del autobús; del olor a comida del asiento de atrás: grasa de cerdo, chile, ajo; del oficial de gobierno que te preguntaba si no traías algún tipo de fruta y verdura, pues está prohibido viajar de estado a estado con esos productos.

Pero había una relativa paz, excepto para los migrantes centroamericanos que cruzaban en sentido contrario las mismas carreteras, de sur a norte. En esa dirección había retenes de la policía federal y el ejército. Los primeros se dedicaban a extorsionar migrantes; los segundos a buscar desertores, sobre todo en Navidad, cuando el soldado extraña a su familia.

El día que perdí el vuelo yo estaba sentado frente a los mostradores, esperando la hora de salida, el dedo índice entre las páginas de un tomo de cuentos de Boris Pilniak. Rosalinda caminó hacia mí con una blusa que decía “I love N.Y.”

y pantalones de mezclilla ajustados, el cabello rizado, pintado de rojo, y el fleco tieso, con aerosol, como se usaba casi veinte años atrás. Cojeaba, tenía un esguince, me dijo, y me mostró la venda ajustada con un broche en el tobillo. Me contó que esperaba a su madre, que venía de Ciudad Juárez, donde vivía Walter, el hermano menor, quien se dedicaba a vender material de laboratorio para una empresa alemana y estaba encargado de la zona regional.

—Hueles a cigarro —me dijo.

—Sí.

—Nunca cumpliste tu promesa de dejar de fumar.

Rosalinda se convirtió al protestantismo poco después de nuestro viaje a El Paso y se casó con uno de los feligreses de la Iglesia Evangelista de Cristo Getsemaní, llamado Rodolfo, ausente desde hacía años porque vivía en Odessa, Texas, donde trabajaba en un almacén. Mandaba dinero una vez al mes. Como no tenía papeles, no podía salir de Estados Unidos, y por eso Rosalinda y sus dos hijos viajaban una o dos veces al año para visitarlo en Navidad o en verano.

Rosalinda llamaba café internet al negocio donde alquilaba computadoras por hora, aunque no vendía café, sino algo de papelería, refrescos, sopas instantáneas, palomitas de microondas, dulces y frituras.

—Ahora soy abuela —me dijo.

Me contó que Lalo, su hijo, a pesar de sus diecisiete, tenía una hija de un año que vivía con ellos porque la madre había desaparecido.

—¿Cómo? —pregunté.

La muchacha, llamada Cintia, y su hijo, crecieron juntos; la familia vivía al otro lado de la calle, y era natural que los muchachos se conocieran, en un sentido bíblico.

—Hasta que la muchachita salió embarazada —dijo.

Ambas familias decidieron que no se casaran, eran muy chicos, y Rosalinda mandó construir un cuarto en la parte trasera para que estuvieran cómodos. En la esquina de la calle que daba a la avenida, ella tenía el local con el café internet. El hijo había dejado la preparatoria, pero era bueno con las computadoras y se encargaba de administrar el lugar por las tardes y dar mantenimiento a las máquinas.

—La muchacha no hacía nada —dijo Rosalinda—, más que cuidar a la niña.

Así fue durante un año, hasta que la pareja se separó porque Cintia tenía muy mal carácter. Escuálida, mal alimentada, mal vestida, no respetaba a nadie, ni siquiera a su suegra o a su propia madre, y lanzaba palabrotas a diestra y siniestra. Rosalinda no entendía cómo su hijo se había fijado en alguien tan vulgar. La muchacha regresó a la casa materna, al otro lado de la calle, y se llevó a la niña, aunque la desatendía y muchas veces la dejaba al cuidado de Rosalinda.

La consuegra era una mujer de cuarenta y pico que vestía con ropa muy ajustada. Había criado a sus hijas ella sola y también era altanera. Rosalinda trataba de evitarla, aunque a veces había que cruzar la calle e interactuar con la familia política por cuestiones relativas a la niña.

Las cosas cambiaron mucho durante el último año. De los muchachos que jugaban fútbol con su hijo, uno de ellos apareció muerto en una cajuela. Otro fue arrestado por robo de autopartes, un tercero resultó ser miembro de una banda de secuestradores, a los dieciséis años.

La hija menor de Rosalinda cursaba el segundo año en una secundaria pública. Una mañana, a la hora del receso, uno de sus compañeros se acercó y le dijo:

—Le gustas a mi jefe.

El jefe era el dueño del territorio, un joven miembro de una banda que trabajaba para uno de los cárteles en guerra por el control de la ciudad. La hija de Rosalinda le dijo a su compañero con determinación:

—A mí no me gusta.

Laura tenía trece, pero, en palabras de Rosalinda, era una de las muchachas más desarrolladas de su clase, además de que también era muy bonita. Era su culpa que los hombres se fijaran en ella por usar la falda del uniforme a la altura del muslo. La niña había llegado al grado de que salía con la falda larga puesta y al llegar a la escuela se ponía una más corta que llevaba en la mochila.

—No entiendes —dijo el compañero.

Era amigo de Laura desde la escuela primaria. No vendía droga, su trabajo era vigilar.

—No le puedes decir que no, a ver qué puedo hacer.

Fue a hablar con el jefe del otro lado de la malla de acero; éste estaba recargado en un automóvil nuevo, deportivo, sin placas. Fumaba un cigarro y tenía el cabello fijo con laca, gafas oscuras, la camisa abierta en el pecho, pantalones de mezclilla y tenis Nike. No era feo, no parecía una mala persona, pensó Laura, y así se lo dijo a su madre.

—Dice que no puedes negarte —le dijo el muchacho a Laura—, lo mejor es que salgas con él, porque si no te va a robar.

Laura le dijo que lo pensaría. El jefe se montó en el asiento del conductor, acompañado de otros dos jóvenes. Los tres iban armados y no pasaban de los veinte. Cuando Rosalinda se enteró, le dijo a Laura que no volvería a la escuela, de ahora en adelante se quedaría en casa.

—¿Y qué voy a hacer si no voy a la escuela, mamá?

Era una buena pregunta, pero su madre no podía pensar en otra cosa por el momento, tal vez meterla en otra secundaria, aunque fuera evidente que de todas formas tendría que perder el año, porque cuando fue a poner la denuncia, el funcionario dijo que la niña estaba exagerando.

—Dígale a su hija que no use la falda tan corta. Yo mismo tengo una hija.

Días después Rosalinda vio el auto deportivo en la esquina. No tuvo más remedio que disponer todo para escapar con su hija. Primero lo consultó con Walter. ¿Y si volvía a hablar con la policía?

—No van a hacer nada —dijo Walter por teléfono; estaba apunto de cerrar una gran venta en una ciudad cercana—. La policía está coludida con ellos o no les interesa.

Rosalinda no quiso mencionar nada a su esposo porque era capaz de dejar el trabajo y regresar a México, y una vez cruzada la frontera ya no podría regresar de nuevo a Estados Unidos. Su hermano le dijo que iría para allá en cuanto terminara la venta, pero, si la policía no podía hacer nada, ¿qué iba a hacer Walter? Le dijo que se quedara en donde estaba. Todo dependía de las decisiones que Rosalinda tomara.

—“Danos ayuda contra el adversario, pues vano es el auxilio del hombre” —me dijo.

El hijo mayor pretextó que no podía dejar solo el negocio ni a su hija.

—La madre de mi nieta —dijo Rosalinda— veía a otras personas, y esto le molestaba.

Había mucho movimiento frente a la casa. La muchacha llegaba de madrugada dos o tres veces por semana, en coches diferentes.

Salieron una mañana rumbo a Ciudad Juárez, donde vivía una amiga de Rosalinda y la violencia era más intensa, pero ahí nadie las conocía. Le dijo a su marido que su amiga estaba enferma y necesitaba que la cuidaran. Semanas después se enteró de que el jefe de la banda fue acribillado al salir de un minisúper y recordó el salmo 143 (“Señor, inclina tu cielo y desciende; toca los montes y echarán humo; fulmina el rayo y dispérsalos; dispara tus saetas y desbarátalos”), pero luego se sintió culpable de alegrarse de la muerte de otro ser humano.

Al volver a casa no sólo no permitió que Laura asistiera a la escuela, tampoco la dejó salir a la calle. La niña veía el televi-

sor todo el día, pero, ¿qué podía hacer su madre?, era mejor a que le pasara algo. Muchachas que conducían por la noche, solas, desaparecían y luego encontraban los autos abandonados. La madre de una de las desaparecidas pagó anuncios espectaculares por toda la ciudad con la fotografía de su hija y el monto de la recompensa por cualquier información para dar con ella. ¿Pero qué hay de la gente que no tenía dinero? La policía se afanó un poco más en ese caso porque salió en los periódicos. La muchacha nunca fue encontrada.

El compañero de escuela de Laura vino a verlas, les pidió perdón y dijo que lo habían obligado. Con lágrimas en los ojos les contó cómo fue asesinado el jefe y el sujeto que le sucedió (del cual sólo apareció la cabeza), y cómo se había quedado sin trabajo. Había vendido las cosas compradas cuando trabajaba para la banda: el iPhone, la consola de videojuegos y los tenis Nike. Con eso pudo saldar un poco las deudas, les contó, pero no fue suficiente. Tenía suerte de estar vivo porque estaban matando a todo mundo, no sólo a los jefes y sicarios, también a los mensajeros y vigilantes, como él. Rosalinda decidió perdonarlo, era una mujer cristiana.

—Pobre —me contó—, no sabía qué hacer, sin trabajo, con deudas. Un niño de trece años.

Otros muchachos llegaron al local de Rosalinda y le dijeron que trabajaban para la banda que se había quedado con el territorio. Los conocía desde que estaban en pañales, los había visto cubiertos de mocos y mugre, y ahora pretendían ser sicarios.

—Mire, Rosalinda, me manda mi jefe para decirle que tiene que pagar por protección.

La cantidad que pidieron era inverosímil: el doble de lo que producía el café internet en un mes.

—Me negué —dijo Rosalinda—. “El perezoso codicia y su deseo es vano, pero el deseo de los laboriosos será colmado.”

La habían respetado hasta entonces, pero no podía saber por cuánto tiempo. Abundaban las historias del comando armado que llega en medio de la noche y se lleva al dueño de un negocio, frente a su familia, porque se negó a pagar protección, y nunca más vuelve a aparecer.

—A mí Dios me protege, no necesito pagar protección.

—¿Pero qué pasó con la madre de tu nieta? —le pregunté.

Pasaban las once de la mañana, su hijo salió a una entrevista de trabajo en una maquiladora donde estaban contratando. Antes de abrir, a Rosalinda le gustaba estar en el negocio, a solas, escuchar el encendido de las máquinas colocadas contra las paredes y cerciorarse de que todo estuviera limpio y en orden. Se disponía a barrer el suelo y pasar el trapeador cuando escuchó el ruido de motores. Se asomó a la ventana y vio hombres con uniformes negros, pasamontañas y fusiles, salir de las dos camionetas Suburban que bloqueaban la entrada a la calle. Un par de hombres se puso a cubierto en las camionetas, apuntando a la avenida, uno de ellos fue hacia la esquina para hacer guardia, los demás se dirigieron a casa de su consuegra. Rosalinda salió del local por reflejo para dirigirse rumbo a la casa, porque ahí estaba su nieta y temió escuchar disparos de un momento a otro. El hombre que hacía guardia en la esquina le apuntó con el arma. Los ojos detrás del pasamontañas no dejaban ver ningún tipo de emoción. Era un hombre acostumbrado a tomar la expresividad que necesitaba de un tercer ojo, el cañón del arma, un orificio forjado en acero.

—Aquí no hay nada que ver —dijo el hombre, sin amenaza en su tono.

Era un profesional, no aficionado, como el capo que intentó secuestrar a su hija ni como el muchacho de trece años que lloró al vender su consola de videojuegos. Era el depredador por encima de todos en la cadena alimenticia. Las armas podían hablar en el lenguaje de la violencia y el poder, pero en la actitud del hombre había algo más escalofriante.

—Y entonces supe quién era él.

—¿Quién? —le pregunté.

No contestó.

Regresó al local, pero desde la ventana vio cómo los hombres salieron de la casa llevándose a su consuegra y a su nuera maniatadas con tiras de plástico. Las subieron a una de las camionetas, a plena luz del día, y los vehículos arrancaron sin la estruendosa música norteña que escuchaban las bandas de sicarios que patrullaban la ciudad, llenos de cocaína y alcohol. Rosalinda corrió hasta la casa de su consuegra y vio venir a la hija menor de la familia, de unos catorce años, desgreñada, con la nieta en los brazos.

—Se llevaron a mi mamá y a mi hermana —chilló la jovencita, vestida con una camiseta vieja y arrugada, no llevaba pantalones.

Dormía en el mismo cuarto que la niña y se metió con ella debajo de la cama cuando oyó a su madre interperlar la voz de un hombre desconocido que mandaba algo. Al registrar la casa los hombres la sacaron del cabello con la niña en brazos y le apuntaron con sus cañones. Un tercer hombre, el que hablaba como jefe, la examinó:

—Déjenla —dijo.

—Llévale la niña a Rosalinda —le dijo su madre.

Rosalinda recibió a la niña en sus brazos y sentó a la muchacha a la mesa de la cocina. Había dejado de llorar, tenía la boca abierta como si tuviera cerrada la garganta. Rosalinda no sabía qué hacer. ¿Llamar a la policía?

Los soldados llegaron en varias camionetas, cerraron la calle de la misma manera que sus predecesores y entraron en la casa. Le habían dicho innumerables veces que el ejército llegaba siempre diez minutos después y le había parecido inverosímil, pero en esa ocasión pudo comprobarlo. Después llegó la policía del estado y la federal, los cuales no se distinguían del ejército más que por el color de sus uniformes.

Observó por la ventana cómo los policías hablaron con los vecinos. La muchacha seguía en shock; su nieta jugaba con una muñeca en el suelo y preguntaba por su padre. Sabía, por las historias escuchadas, que no tenía ningún sentido hablar con la policía, que ellos nunca iban a hacer nada. Eran hombres armados, soldados, con pasamontañas, ¿cuál era la diferencia entre los que llegaron primero y los que llegaron después? Los vecinos señalaron la casa y los estatales llamaron a la puerta. Rosalinda tenía tanto miedo, no podía abrir. Llamaron varias veces, finalmente les abrió. Tomaron la declaración de ella y de la jovencita.

Uno de ellos dijo por radio: “Se trata de un levantón”. Y pronunció una clave numérica y las señas de la calle.

Llegaron periodistas y hablaron con los policías y los vecinos, ni siquiera miraron a Rosalinda. Colocaron sus computadoras sobre el coche y escribieron. Los peritos, con guantes de goma, tomaron fotografías. Dejaron la casa de enfrente sola, sin puerta, y colocaron una tira de plástico amarillo en la reja de acero con la palabra *warning* al revés.

Aunque pasamos de día la zona peligrosa, el autobús se retrasó tanto que pensé que la noche nos alcanzaría en territorio de nadie. El chofer no dejó de torturarnos, por medio de los televisores que colgaban del techo, con varias películas de los estudios Disney con tema adolescente.

—Michael, ¿ya tienes pareja para el baile de graduación?

Las preocupaciones de Cindy y Michael me parecieron inverosímiles en el contexto: un autobús que atraviesa el viejo oeste mexicano; el desierto que antaño cruzaron las manadas de bisontes y las bandas de indios nómadas, la División del Norte de Francisco Villa, la expedición punitiva de Pershing. En el paisaje podían aparecer en cualquier momento unos forajidos mexicanos, pero en vez de caballos irían montados en camionetas con nombres salvajes como Lobo, Cheyenne. Hombres vestidos de militares o civiles, implacables, nadie los iba a detener. Un ejército interminable que salía de las sombras, engendrados por la generación espontánea. ¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué estaban en todos lados? Y lo más importante: ¿adónde te llevaban cuando iban por ti? Quise creer en el Mesías y en el juicio

final, cuando el codicioso desierto del norte de México nos devuelva todos sus muertos y muertas y desaparecidos.

Finalmente llegué a casa, le di de comer al gato, puse la contestadora y me tiré en el sofá. Todo estaba en calma. El viento mecía las hojas de los árboles, se escuchaba el canto de los pájaros y por primera vez me alegré de vivir en la ciudad de México. Encendí la computadora y revisé mi buzón de correo electrónico, la mitad de la correspondencia era basura. Busqué la noticia según los datos que me proporcionó Rosalinda. No había logrado conciliar el sueño. Había algunas notas de diferentes periódicos electrónicos, casi todas decían lo mismo, mal redactadas, con faltas de ortografía y de dedo:

... de ... de ... 11.30. A.M.

Dos mujeres sufrieron un levantón el día de hoy a las once de la mañana. Un grupo de hombres armados irrumpió en un domicilio ubicado en la calle de... Las mujeres desaparecidas responden al nombre de... y de...

Antes de despedirnos en la central de autobuses, Rosalinda me dio su teléfono y su dirección de correo electrónico. Los apunté en un ticket de compra que guardé en mi cartera. Sabía que iba a perderlo, y así fue.

—¿Y por qué razón se las llevaron? —pregunté.

—No lo sabemos.

Algunos vecinos creían que la madre de las muchachas era la jefa de una banda de narcomenudeo; otros decían que la hija andaba con un narco, o ambas cosas. Cuando las llantas de un auto rechinaban en la avenida, Rosalinda se dirigía a la ventana y esperaba ver hombres con pasamontañas.

Las mujeres no habían aparecido, el hijo de Rosalinda preguntaba cada semana en el Servicio Forense.

Los altavoces de la estación anunciaron la salida de mi autobús: el 701 a la ciudad de México. Los hombres enjutos de mirada estoica fueron sustituidos por otros hombres enjutos; la mujeres gruesas por otras mujeres con el rostro de tortilla y diminutos ojos negros; la familia indígena seguía ahí, los niños jugaban, mugrientos y despeinados, en el suelo, las mejillas llenas de mocos. Para esos niños lozanos, de expresivos ojos, el piso imitación mármol, los locales de periódicos y baratijas eran algo nuevo y sorprendente. Junto a la puerta de cristal había otro hombrecillo solitario de pantalones marrones, fumando de manera reflexiva. ¿De qué otra manera se puede fumar afuera de una central de autobuses de una ciudad del norte?

—Dijiste que al mirar al hombre a los ojos supiste quién era.

—Era Moloch —dijo—, ¿no dice la Biblia que los que se alejaron de Dios sacrificaron sus hijos a este ídolo? Es lo que nosotros hemos hecho, nos alejamos de Dios.

—No sé, nunca he leído la Biblia —dije.

Y recordé la mirada lasciva de Rosalinda a los diecisiete años, sus cabellos rubios cenizos al caer sobre la almohada.

ÍNDICE

I. AUTOS USADOS	13
II. <i>IS THIS THE WAY TO AMARILLO?</i>	45
III. HOMBRE QUE CAE	115
IV. MOLOCH	141

Autos usados es la historia de una generación que vivió la adolescencia en el norte de México durante los noventa, los años felices de la economía, cuando comenzaba la efervescencia del modelo maquilador y el ascenso de la cultura del narcotráfico.

El sueño de Elías, hijo de una familia de ex comunistas, no es terminar la preparatoria, sino conseguir un empleo, comprar un automóvil usado y huir a la tierra prometida, Amarillo, Texas. Pero antes debe conseguir quinientos dólares para llevar a su novia a El Paso, donde el aborto es legal. Por causa de un matrimonio fallido terminará en la ciudad de México. «Dirección equivocada: mismo país», dice el narrador.

Algunos años después, el regreso a intervalos a su estado natal, Chihuahua, lo hará testigo no sólo del destino de sus coetáneos —criminales y víctimas—, sino del terrible estallido de la violencia durante el sexenio de Felipe Calderón. Así, la primera novela de Daniel Espartaco Sánchez es también una alegoría sobre el mal, no el metafísico, sino el que tiene causa y efecto, y aguarda su momento bajo la superficie de las cosas.

ISBN 978-607-311-155-3



9 786073 111553

www.megustaleer.com.mx



/megustaleermexico



@megustaleermex